

[Home](#) > [La Tragedia de Imam Husáin \(P\)](#) > [La partida del Imam Husáin \(P\) para Iraq, y la masacre de Karbalá](#) > Después de la masacre

La partida del Imam Husáin (P) para Iraq, y la masacre de Karbalá

Continúa narrando Abdullah ibn Hazim:

Al-Husáin (P) partió de Meca hacia Iraq el día del intento de levantamiento de Muslim en Kufa, que es el día de Tarwiya, después de permanecer en Meca por el resto de Sha'ban, el mes de Ramadan, Shawwal y Dhul Qa'dah, y ocho días de Dhul Hiyyah del año 60 H (680). Durante su estancia en Meca un número de gentes del Hiyaz y de Basorah se habían reunido alrededor suyo aliándose a su familia y a sus dependientes.

Cuando él decidió viajar a Iraq, efectuó el recorrido alrededor de la Casa Sagrada y la carrera ritual entre As-Safa y Al-Marwa¹ 20. Entonces, dejó el estado de consagración (ihram) de la Peregrinación después de haber efectuado la peregrinación menor ('Umra), ya que él no pudo realizar la peregrinación mayor (Hayy) por temor a ser arrestado en Meca y ser llevado a Yazid ibn Mu'awiyya.

El Imam (P) partió con su Familia, sus hijos y aquellos de sus shi'as que se habían unido a él.

Nos fue reportado también:

Las noticias acerca de la captura y muerte de Muslim no habían llegado a él todavía ya que apenas había sucedido el día en el que él partió.

Se reporta que el poeta Al-Farazdaq dijo:

Yo hice la peregrinación con mi madre en el año 60 H (680). Iba conduciendo el camello de ella cuando entré al Santuario. Allí me encontré a Al-Husáin ibn 'Alí (P) que salía de Meca acompañado de algunos hombres que llevaban espadas y escudos.

– ¿Qué caravana es ésta? –pregunté–.

– La de Al-Husáin ibn ‘Alí (P) –fue la respuesta–. Así que llegué y lo saludé.

– Que Dios te conceda tu petición y cumpla tu esperanza en lo que quieras, por mi madre y mi padre, hijo del Mensajero de Dios –le dije–. Pero, ¿qué es lo que te hace alejarte tan de prisa de la Peregrinación?

– *Si no me apresuro, seré arrestado* –contestó él–. Entonces él me preguntó:

–¿*Quién eres?*

– Un árabe –contesté–, y él no me preguntó más acerca de mí.

– *Dime acerca de las gentes que dejaste atrás* –preguntó él–

– Has hecho una buena pregunta –respondí–. Los corazones de las gentes están contigo pero sus espadas están contra ti. La decisión viene del Cielo y Dios hace lo que Él quiere.

– *Has dicho la verdad acerca de que el asunto pertenece a Dios* –replicó–. ***“Cada día Él está ocupado en todo asunto²”***. Si el destino envía lo que nos gusta y complace, alabamos a Dios por Sus Bendiciones. Él es el Único a Quien debe solicitarse ayuda para darle gracias. Sin embargo, aunque el destino pueda frustrar nuestras esperanzas, Él no destruye las almas de aquellos cuya intención es la Verdad y cuyos corazones son piadosos.

– Cierto, Dios te trae finalmente lo que deseas y te protege contra lo que te amenaza –dije–. Entonces le pregunté acerca de asuntos relativos a los votos y ritos de la Peregrinación. Él me dijo acerca de ellos y entonces se fue en su montura, despidiéndose, y entonces nos separamos”.

Cuando Al-Husáin ibn ‘Alí (P) dejó Meca, Yahya ibn Sa’id ibn Al-As se encontró con él junto con un grupo de hombres. Habían sido enviados a él por ‘Amr ibn Sa’id.

“Regresa de donde vas” –ordenaron–. Pero él se negó a obedecerlos y continuó. Los dos grupos llegaron a los golpes y se azotaron unos a otros con látigos. Al-Husáin (P) continuó hasta llegar a At-Tan’im. Allí encontró una caravana de camelleros que había venido de Yemen, y les alquiló camellos adicionales para viajar él mismo y sus seguidores.

Entonces les dijo a los propietarios de los camellos:

– *Quienquiera de vosotros que quiera venir con nosotros a Iraq, le pagaremos su salario y disfrutaremos de su compañía, y quien desee separarse en algún lugar a lo largo del camino le pagaremos su salario por la distancia que haya viajado.*

Algunas de las gentes fueron con él pero otros se negaron. Abdullah ibn Ya’far envió a sus hijos, ‘Awn y Muhammad, detrás de él, y le escribió a Al-Husáin (P) una carta que mandó con ellos. En ella él decía:

“Te pido ante Dios que regreses si ya has partido cuando veas mi carta, ya que yo estoy muy preocupado porque la dirección hacia la que te encaminas traerá consigo tu destrucción y la extinción de tu Familia. Si tú eres destruido ahí, la luz de la Tierra se extinguirá, ya que tú eres el modelo de aquellos que están justamente dirigidos y la esperanza de los creyentes. No te apresures en tu viaje ya que voy a ir después de esta carta. Saludos”.

Abdullah fue entonces a ver a ‘Amr ibn Sa’id y le pidió que le escribiera a Al-Husáin ofreciéndole una garantía de seguridad y prometiéndole favorecerlo, para que regresase de a donde iba. ‘Amr ibn Sa’id escribió una carta en la que le ofrecía favor y una garantía de seguridad.

Él la despachó con su hermano Yahya ibn Sa’id, el cual fue tras él (Al-Husáin) como hizo Abdullah después de despachar a sus hijos. Los dos entregaron la carta de ‘Amr a Al-Husáin (P) y se esforzaron para convencerlo a que regresase.

– He visto al Mensajero de Dios (B.P.) en sueños –contestó Al-Husáin– y él me ordenó que hiciera lo que estoy efectuando.

– ¿Qué fue esa visión? –preguntaron ambos–.

– No le he contado de ella a nadie –respondió él– y no voy a contarlo a nadie sino hasta que me encuentre con mi Señor, el Todopoderoso y Altísimo.

Cuando Abdullah bin Ya’far perdió la esperanza de convencerlo, le dijo a sus dos hijos, ‘Awn y Muhammad, que se quedaran con Al-Husáin (P), que fueran con él y lucharan por su causa. Él (Abdullah) se regresó a Meca con Yahya ibn Sa’id.

Al-Husáin (P) se encaminó rápida y directamente hacia Iraq hasta que llegó a Dhat’Irrq.

Cuando ‘Ubaydullah ibn Ziyad supo del viaje de Al-Husáin (P) de Meca a Kufa, envió a Husáin ibn Numayr, el comandante de la escolta, para que se estacionase en Al-Qadisiyya y pusiese un eslabón protector de caballería entre el área de Al-Qadisiyya a Al-Qutqutaniyya. Él informó a los hombres que Al-Husáin (P) se encaminaba a Iraq.

Cuando Al-Husáin (P) llegó a Al-Hayiz, una colina arriba de Batn Ar-Rumma, envió a Qays ibn Mushir As-Saydawi –algunos dicen que fue su hermano de leche, Abdullah ibn Yuqtur– a Kufa³, ya que él no había sabido las noticias de lo sucedido a Ibn ‘Aqil. El Imam (P) envió una carta con él:

“En el nombre de Dios, el Compasivo, el Misericordioso.

De Husáin ibn ‘Alí a sus hermanos creyentes y musulmanes: Saludos a vosotros. Alabo a Dios ante vosotros, y declaro que no hay dios aparte de Él. La carta de Muslim ibn ‘Aqil llegó a mí, informándome de vuestro sano juicio y el acuerdo de vuestros líderes para apoyarnos y procurar nuestros derechos. Yo he pedido a Dios que haga buenas vuestras acciones y os recompense con mayor premio.

Salgo hacia vosotros desde Meca el 8 de Dhul Hiyyah, el día de Tarwiya. Cuando mi mensajero llegue a vosotros, sed diligentes y decididos en vuestros asuntos, ya que acudo a vosotros dentro de unos pocos días. Saludos y la misericordia y las bendiciones de Dios”.

Muslim le había escrito a Al-Husáin (P) 17 días antes de que lo mataran, y los habitantes de Kufa le habían escrito a Al-Husáin (P): “Aquí tienes 100.000 espadas. No te demores”.

Qays ibn Mushir fue hacia Kufa con la carta. Sin embargo, cuando llegó a Al-Qasidiyya, Husáin ibn Numayr lo arrestó y lo envió a ‘Ubaydullah ibn Ziyad.

– Sube al púlpito –le ordenó ‘Ubaydullah ibn Ziyad– y maldice al mentiroso de Al-Husáin ibn ‘Alí.

Qays subió al púlpito y alabó y glorificó a Dios. Luego dijo:

– Gentes: este hombre, Al-Husáin ibn ‘Alí, el mejor de las criaturas de Dios, el hijo de Fátima, la hija del Mensajero de Dios (B.P.), está cerca. Yo soy su mensajero enviado por él a vosotros. Respondecle.

Entonces él maldijo a ‘Ubaydullah ibn Ziyad y al padre de éste y pidió bendiciones e indulgencias para ‘Alí ibn Abu Talib.

‘Ubaydullah ordenó que fuese arrojado desde lo más alto del palacio. Ellos lo arrojaron y quedó aplastado en pedazos.

También fue reportado:

Él cayó encadenado al suelo, y sus huesos fueron aplastados y sólo quedó su último aliento. Un hombre llamado Abd Al-Malik ibn ‘Umayr Al-Lajmli fue hacia él y le cortó la garganta. Cuando le dijeron que había hecho algo vergonzoso y lo culparon, dijo: “Quise aliviarle su sufrimiento”.

Mientras esto sucedía, Al-Husáin (P) había dejado Hayiz en dirección a Kufa hasta llegar a uno de los aljibes de los árabes. Allí estaba Abdullah ibn Muti’ Al-Adawi. Cuando él vio a Al-Husáin (P) se levanto y le dijo:

– Que mi padre y mi madre sean rehenes por ti, hijo del Mensajero de Dios. ¿Qué te trae por aquí?

Él lo condujo hacia adelante y lo ayudó a desmontar.

– *Es un resultado de la muerte de Mu’awiyya, como debes saber* –replicó Al-Husáin (P)–. *Los iraquíes me escribieron urgiéndome a que fuera a ellos.*

– Te recuerdo, hijo del Mensajero de Dios, acerca de Dios y de la santidad del Islam, para que ésta no vaya a ser violada. Te invoco ante Dios que pienses en la santidad de Quraysh. Te invoco ante Dios que pienses en la santidad de los árabes. Por Dios, si buscas lo que está en las manos de los Omeyas, ellos te matarán. Si ellos te matan, ellos nunca temerán a nadie después de ti. Entonces será la

santidad del Islam la que sea violada, y la santidad de Quraysh y la santidad de los árabes.

¡No lo hagas! ¡No vayas a Kufa! ¡No te expongas a los Omeyas!

Al-Husáin (P) insistió en continuar su viaje. Mientras tanto 'Ubaydullah ibn Ziyad había ordenado que el área entre Waqisa y los caminos a Siria y Basora fueran ocupados para no dejar entrar a nadie, ni que nadie saliera de Kufa.

Sin embargo, Al-Husáin (P) continuó sin saber nada de eso hasta encontrar a algunos árabes. Les preguntó acerca de la situación y ellos le dijeron:

– No, ¡por Dios!, nosotros no sabemos nada acerca de ellos, excepto que no podemos entrar a Kufa ni salir de allí.

Él (P) continuó su viaje.

Un grupo de Fazara y Bayila reportó el siguiente relato, diciendo:

Nosotros estábamos con Zuhayr ibn Al-Qayn Al-Bayali cuando veníamos de Meca. Aunque viajábamos junto Al-Husáin (P), no había nada que nos disgustara más que detenernos con él en algún alto. Sin embargo, cuando Al-Husáin (P) viajaba y se detenía, no podíamos evitar detenernos con él. Al-Husáin (P) hizo un alto a un lado del camino y nosotros nos detuvimos del otro lado del camino.

Mientras estábamos comiendo sentados, un mensajero de Al-Husáin (P) se acercó, nos saludó y entró a nuestro campamento.

– Zuhayr ibn Al-Qayn –dijo él– Abu Abdillah Al-Husáin (P) me ha enviado a ti para pedirte que vayas a verlo.

Cada uno de nosotros aventó lo que tenía en las manos. Era algo tan sorpresivo como si los pájaros hubieran anidado sobre nuestras cabezas.

– ¡Gloria a Dios! –la esposa de Zuhayr le dijo a él–. ¿Envió por ti el hijo del Mensajero de Dios? ¿Acaso no vas a ir a verlo? Si tú fueras a él, oirías lo que te tiene que decir. Luego podrías dejarlo, si quieres

Zuhayr ibn Al-Qayn cruzó el camino para ir a verlo. No pasó mucho tiempo antes de que él regresase para anunciar que se dirigía al este. Ordenó que su tienda fuera desarmada y pidió su equipaje, monturas y equipo. Su tienda fue desarmada y llevada a Al-Husáin (P), y entonces Zuhayr dijo a su esposa:

– Estás divorciada. Regresa a tu familia, ya que no quiero que te pase nada, excepto lo bueno.

Entonces él les dijo a sus compañeros:

– Quien quiera seguirme puede hacerlo. De lo contrario, aquí termina su contrato conmigo (o sea, está liberado de la obligación de seguir a Zuhayr como líder del clan). Os contaré una historia de algo que me sucedió una vez: Nosotros estábamos atacando una rica comarca. Dios nos concedió la victoria y ganamos mucho botín. Salman Al-Farsi, que Dios tenga misericordia de él, nos dijo:

“¿Estáis contentos con la victoria que Dios os concedió y el botín que obtuvisteis?” Nosotros dijimos: sí. Seguidamente dijo: “Entonces cuando encontréis al Señor de los Jóvenes de la Familia de Muhammad (B.P.) sed más felices de luchar junto con él que lo que estáis hoy con el botín que acabáis de obtener. En cuanto a mí, ruego a Dios que esté con vosotros”.

Él permaneció entre las gentes con Al-Husáin (P) hasta ser matado.

Abdullah ibn Sulayman y Al-Mundhir ibn Musham'il, ambos de Asad, reportaron:

“Cuando hubimos terminado la Peregrinación no había nada que nos importara más que alcanzar a Al-Husáin (P) en el camino, para unimos a él y ver lo que pasaba con su asunto. Fuimos en nuestros dos camellos al trote, velozmente, hasta que lo alcanzamos en Zarud.

Al acercarnos, vimos allí a un hombre de Kufa que había cambiado de ruta cuando vio a Al-Husáin (P). Al-Husáin se había detenido como si quisiera hablar con él, pero el hombre lo ignoró y siguió. Nosotros fuimos hacia el hombre. Uno de nosotros dijo al otro: “Ven con nosotros para preguntarle a este hombre si tiene noticias de Kufa”.

Llegamos a él y lo saludamos. Él contestó nuestro saludo.

– ¿De qué tribu vienes, amigo? –preguntamos–.

– Soy un Asadi –contestó él–.

–Nosotros también somos Asadis –dijimos–. ¿Quién eres?

– Yo soy Bakr hijo de Fulano –contestó él y nosotros le dijimos nuestro linaje–.

– Dinos acerca de las gentes que dejaste atrás –preguntamos–.

– Sí –contestó–. Salí de Kufa apenas después de que Muslim ibn 'Aqil y Hani' ibn 'Urwa fueron matados. Yo los vi ser arrastrados de las piernas al mercado.

Fuimos a reunirnos con Al-Husáin (P) y viajábamos cerca de él hasta que se detuvo en Ath-Thalabiyya en la noche. Lo alcanzamos cuando se detuvo y lo saludamos. Él nos devolvió el saludo.

– Que Dios tenga misericordia de ti –dijimos–. Tenemos noticias. Si tú quieres te lo diremos públicamente o, si lo deseas, en secreto.

Él nos miró a nosotros y a sus seguidores.

– *No hay velo para estos hombres* –contestó–.

– *¿Viste al jinete del cual estuviste cerca anoche?* –preguntamos–.

– *Sí* –contestó– *hubiera querido interrogarlo.*

– Nosotros obtuvimos de él las noticias y te ahorramos el trabajo de preguntarle –dijimos–. Él es un hombre de nuestra tribu, de buen juicio, honestidad e inteligencia. Él nos dijo que salió de Kufa justo después de que Muslim y Hani' habían sido matados, y que él los había visto ser arrastrados de las piernas al mercado.

– *A Dios pertenecemos y hacia Él regresaremos. Que Dios tenga misericordia de ellos dos,* –dijo Al-Husáin, *y repitió esto varias veces*–.

– Te imploramos ante Dios –lo exhortamos– por tu propia vida y por tu Familia, que no vayas a Kufa, que no te vayas de este lugar, ya que no tienes a nadie que te apoye en Kufa, ni shi'a alguno. En verdad tememos que esos hombres serán los mismos que estén contra ti.

– *¿Cuál es vuestra opinión* –preguntó él mirando hacia los hijos de 'Aqil– *ahora que Muslim ha sido matado?*

– ¡Por Dios! –declararon ellos–. Nosotros no regresaremos sino hasta que hayamos cobrado venganza o hayamos probado la muerte que él probó.

Al-Husáin (P) se acercó a nosotros y dijo:

– *No queda nada bueno en la vida para estos hombres. Entonces supimos que su decisión de continuar el viaje había sido tomada.*

– Que Dios sea benévolo contigo –dijimos–.

– *Que Dios tenga misericordia de vosotros* –contestó él–.

Entonces sus seguidores le dijeron:

– Por Dios, tú no eres el mismo que Muslim ibn 'Aqil. Si vas a Kufa las gentes se apresurarán a apoyarte.

Él quedó callado y esperó hasta el amanecer. Entonces ordenó a sus pajes y sirvientes que consiguieran mucha agua para dar a beber a la gente y más para el viaje. Ellos se pusieron en marcha una vez más y siguieron hacia Zubala. Las noticias acerca de Abdullah ibn Yuqtur llegaron a él. Sacó un escrito y leyó lo siguiente:

“En el nombre de Dios, el Compasivo, el Misericordioso.

Nos han llegado las noticias de los horribles asesinatos cometidos contra Muslim ibn ‘Aqil, Hani’ ibn ‘Urwa y Abdullah ibn Yuqtur. Nuestros shi’as nos han desertado. Aquellos de vosotros que prefieran dejarnos, pueden irse libremente sin culpa alguna”.

Las gentes empezaron a dispersarse a la derecha y a la izquierda hasta que quedaron con él solamente aquellos seguidores que habían venido con él desde Medina y un grupo pequeño de los que se habían unido a él.

Al-Husáin (P) había hecho eso porque, se había dado cuenta que los árabes que lo habían seguido lo habían hecho solamente porque ellos creían que él iba a un país donde la obediencia de sus habitantes a él ya había sido establecida, y ellos no querían acompañarlo sin estar plenamente enterados de a lo que iban.

A la hora de la aurora, ordenó a sus seguidores que se proveyesen de agua y con cantidades extra de ella. Entonces ellos se pusieron en marcha hasta pasar Batn Al-Aqaba. Se detuvo allí y se encontró con un jeque de los Bani‘Ikrima llamado ‘Amr ibn Lawdhan.

– ¿A dónde os dirigís? –preguntó él–.

– A Kufa –respondió Al-Husáin (P)–.

– Te imploro ante Dios –exhortó el jeque– ¿por qué vas allí? Tú no llegarás allí a otra cosa que a la punta de las lanzas y los filos de las espadas. Si los que te mandaron llamar fueran suficientes para apoyarte en la batalla y hubieran preparado el lugar para ti, entonces esa sería una decisión sabia. Sin embargo, a la luz de la situación como ha sido descrita yo no creo que debas ir.

– Siervo de Dios –contestó él–. *Las decisiones sabias no están ocultas para mí. Sin embargo las órdenes de Dios, el Altísimo, no pueden ser resistidas. ¡Por Dios!, mis enemigos no me dejarán sino hasta que hayan roto el corazón mismo desde las profundidades de mis entrañas. Si ellos hacen eso, Dios hará que sean dominados y humillados hasta que lleguen a ser la más humillada de las facciones entre las naciones.*

Él siguió de Batn Al-Aqaba hasta que se detuvo en Sharaf para pernoctar. Al amanecer ordenó a sus sirvientes que consiguieran agua y más cosas para el viaje. Entonces continuó de allí hasta el mediodía. Mientras iba viajando, uno de sus seguidores exclamó:

– ¡Dios es Grande! (Allahu Akbar).

– ¡Dios es Grande! –respondió Al-Husáin (P)– y preguntó:

– ¿Por qué dijiste Dios es Grande?

- Vi palmeras –contestó el hombre–.
- Éste es un lugar en el que nunca se ve una palmera – indicó otro de sus seguidores–.
- *¿Qué creéis que sea entonces?* –preguntó Al-Husáin (P)–.
- Creemos que son (lanzas) orejas de caballos –contestaron ellos–.
- *Por Dios, eso creo yo* –declaró él –.

Luego dijo:

- *Entonces, para poder enfrentarlos en una sola dirección* (es decir, para no ser rodeados por ellos), *deberíamos poner a nuestra espalda cualquier lugar de refugio que podamos hallar.*
- Sí –le dijimos⁴– Allá está Dhu Husam, arriba a tu izquierda. Si llegas allí antes que ellos, será justo la posición que quieres.

Así que él viró hacia allá y fuimos con él en esa dirección. Antes incluso de que hubiéramos tenido tiempo para cambiar de dirección, la vanguardia de la caballería apareció frente a nosotros y pudimos verlos claramente. Dejamos el camino y cuando ellos vieron que nos habíamos movido hacia fuera del camino, también se salieron caminando hacia nosotros.

Sus lanzas se veían como ramas de palmera desprovistas de hojas y sus estandartes eran como alas de aves. Al-Husáin (P) ordenó que las tiendas fueran erigidas y así se hizo. Las gentes llegaron: eran cerca de 1.000 jinetes bajo el mando de Al-Hurr ibn Yazid (Ar-Riyahi) At-Tamimi. Fue durante el calor del mediodía que él y su caballería se pararon mirando a Al-Husáin (P), y sus seguidores vestían todos turbantes y llevaban espadas, listos para pelear.

- *Proporcionad agua a estas gentes; que sacien su sed, y dad de beber a sus caballos poco a poco* – ordenó Al-Husáin (P) a sus sirvientes–.

Ellos lo hicieron y empezaron a llenar sus tazones y vasos y los llevaron a los caballos. Cuando un caballo había bebido tres o cuatro o cinco tragos, le quitaban el agua y le daban a otro caballo hasta que a todos les fue dado de beber.

‘Alí ibn At-Ta’an Al-Muharibi reportó:

Yo estaba con Al-Hurr ese día, entre los últimos de sus seguidores que llegaron. Cuando Al-Husáin (P) vio qué sedientos estábamos yo y mi caballo, dijo: *“Haz que tu animal se arrodille. Primo, haz que tu camello se arrodille”*. Así se hizo. Entonces él dijo: *“Bebe”*. Yo lo hice, pero cuando bebía, el agua se fugaba de mi odre. *“Dobla tu odre”* dijo Al-Husáin (P).

Yo no sabía cómo hacerlo. Él se levantó hacia mí y lo dobló en la posición adecuada para beber.

Entonces bebí y le di de beber a mi animal.

Al-Hurr ibn Yazid había venido de Al-Qadisiyya. ‘Ubaydullah había enviado a Husáin ibn Numayr y le había ordenado que tomara su posición en Al-Qadisiyya. Entonces, Al-Hurr fue enviado por delante con 1.000 hombres para encontrar a Al-Husáin (P).

Al-Hurr permaneció estacionado frente a Al-Husáin (P) hasta que se acercó la hora de la oración del mediodía. Al-Husáin (P) ordenó a Al-Hayyay ibn Masruq que hiciese la llamada a la oración. Cuando iba a ser dada la segunda llamada que precede inmediatamente a la oración (iqama), Al-Husáin salió ante la gente vestido con una tela alrededor de la cintura, un manto y un par de sandalias. Alabó y glorificó a Dios, y luego dijo:

– *“¡Oh gentes!, yo no acudí a vosotros sino hasta que vuestras cartas llegaron a mí, y ellas me fueran llevadas por vuestros mensajeros diciendo. ‘Ven a nosotros ya que no tenemos Imam. Que Dios nos una, por tu mediación, bajo la Guía y la Verdad’. Ya que ésa era vuestra opinión, yo vine a vosotros.*

Por lo tanto dadme lo que me asegurasteis en vuestros pactos y testimonios jurados. Si no lo queréis hacer, y sentís aversión a mi llegada, yo os dejaré y regresaré al lugar de donde vine”.

Ellos estaban callados ante él. Ninguno de ellos dijo una palabra.

– *Recita la iqama* –dijo al almuecín, y éste la recitó–.

– *¿Quieres conducir la oración para tus seguidores?* –le preguntó a Al-Hurr ibn Yazid.

– No –contestó él– pero reza tú y nosotros te seguiremos en la oración.

Al-Husáin (P) rezó al frente de ellos. Entonces regresó a su tienda y sus seguidores se reunieron alrededor suyo. Al-Hurr regresó al lugar donde había posicionado a sus hombres y entró a una tienda que había sido erigida para él. Un grupo de sus seguidores se congregó alrededor suyo mientras el resto regresaron a sus filas. Cada uno de ellos sostenía las riendas de su cabalgadura y estaba sentado a la sombra del animal.

Al la hora para la oración de la tarde, Al-Husáin (P) ordenó a sus seguidores que se prepararan para partir. Entonces ordenó que hicieran la llamada a la oración, y la llamada para la oración de ‘asr fue hecha, así como la iqama. Al-Husáin (P) se encaminó al frente, se paró allí y rezó. Luego dijo las saluciones finales de la oración y volteó hacia ellos (los hombres de Hurr). Alabó y glorificó a Dios y dijo:

– *“¡Oh gentes!, si teméis a Dios y reconocéis los derechos de quienes tienen derecho, Dios estará más satisfecho con vosotros. Nosotros somos la Familia de Muhammad (B.P.) y como tales tenemos más derecho a la autoridad que esos advenedizos que reclaman lo que no les pertenece. Ellos han traído la tiranía y la discordia entre vosotros. Sí nos rechazáis porque os desagradamos o porque no conocéis*

nuestros derechos y vuestra opinión ha cambiado ahora desde lo que vino a nosotros en vuestras cartas y en lo que trajeron vuestros mensajeros, entonces os dejaré”.

– ¡Por Dios! –declaró Al-Hurr– yo no sé nada de esas cartas ni de esos mensajeros que mencionas.

Al-Husáin (P) dijo a uno de sus seguidores:

– *‘Uqba ibn Sim’an, saca los dos costales en los que se guardan las cartas que me llegaron.*

Él sacó los dos costales que estaban llenos de documentos y fueron puestos ante Hurr.

– Nosotros no estamos entre los que te escribieron estas cartas –dijo Al-Hurr– y nos fue ordenado que cuando te encontrásemos no te dejásemos sino hasta haberte llevado a Kufa ante ‘Ubaydullah.

– *La muerte llegará a ti antes de que eso suceda* –le dijo Al-Husáin (P)–.

Entonces ordenó a sus seguidores:

– *Levantaos y montad sobre vuestros animales.*

Ellos montaron y esperaron hasta que sus mujeres se hubieran subido.

– *¡Partid!* –ordenó él a sus seguidores–.

Cuando ellos se disponían a partir, los hombres de Al-Hurr se pusieron entre ellos y la dirección a donde iban.

– *Que Dios prive a tu madre de su hijo* –dijo Al-Husáin (P) a Al-Hurr– *¿qué quieres?*

– Si cualquiera de los árabes que no seas tú, me dijera eso –contestó Al-Hurr– aun cuando estuviera en la misma situación tuya, yo no lo dejaría sin mencionar que su madre se viera privada de él, quienquiera que él fuera. Pero, por Dios, no hay manera de que yo mencione a tu madre sin que sea para decir las mejores cosas posibles.

– *¿Qué quieres?* –demandó Al-Husáin (P)–.

– Quiero ir contigo ante el gobernador ‘Ubaydullah –replicó él–.

– *Entonces, por Dios, yo no te seguiré* –dijo Al-Husáin–.

– Entonces, por Dios, yo no te dejaré ir a ninguna otra parte –le respondió–.

Estas frases fueron repetidas tres veces, y cuando la conversación se estaba volviendo más acalorada, Al-Hurr dijo:

– No me ha sido ordenado que luche contra ti. Sólo tengo órdenes de que no te deje sino hasta que

llegue contigo a Kufa. Si te niegas a ello, entonces toma cualquier camino que no te conduzca a Kufa ni te lleve de regreso a Medina, y que eso sea un compromiso entre nosotros mientras yo escribo al gobernador ‘Ubaydullah. Quizás Dios haga que pase algo que me releve de tener que hacer algo contra ti.

Así que toma este camino aquí y dobla para la izquierda, a Al ‘Udhayb y Al-Qadisiyya.

Al-Husáin (P) partió y Al-Hurr, con sus seguidores, también se puso en camino viajando cerca de él, mientras Al-Hurr le iba diciendo:

– Al-Husáin, te recuerdo ante Dios que pienses en tu vida; ya que estoy seguro que serás matado si peleas.

– *“¿Crees que puedes atemorizarme con la muerte? –dijo Al- Husáin (P)–. ¿Podría sucederte un mayor desastre que matarme? Yo sólo puedo hablarte como el hermano de Al-Aws le dijo a su primo cuando él quiso ayudar al Mensajero de Dios (B.P.). Su hermano temía por él y le dijo: “¿A dónde vas? Ciertamente serás matado”, pero él contestó:*

‘Yo partiré, pues no hay vergüenza en la muerte para un joven, siempre que él intente hacer lo que es correcto y lucho como musulmán, protegiendo a los hombres justos por medio del sacrificio de su vida, y dispersando a los malditos y oponiéndose a los criminales’.

Si yo vivo, no lamentaré lo que hice, y si muero, no sufriré. Que sea suficiente para ti vivir humillado y despreciado”.

Cuando Al-Hurr escuchó eso, se apartó del Imam (P). Él y sus seguidores viajaban de un lado del camino, mientras que Al-Husáin (P) viajaba por el otro, hasta que llegaron a ‘Udhayb Al-Hiyanat. Al-Husáin (P) siguió hacia Qasr Bani Muqatil. Se detuvo allí y, una gran tienda ya había sido erigida.

– *¿De quién es eso?* –preguntó–.

– Esto pertenece a ‘Ubaydullah ibn Al-Hurr Al-Yu’fi –le dijeron–.

– *Pídanle que venga a verme* –dijo él–.

El mensajero fue a verlo y dijo:

– Éste es Al-Husáin ibn ‘Alí (P) y te pide que vayas a verlo.

–A Dios pertenecemos y hacia Él regresaremos –dijo ‘Ubaydullah–. Por Dios, acabo de salir de Kufa por temor a que Al-Husáin (P) entrase a Kufa estando yo allí. Por Dios, yo no quiero verlo ni que él me vea.

El mensajero regresó a Al-Husáin (P) y le dio su respuesta. Al-Husáin se levantó y fue a ver a ‘Ubaydullah ibn Al-Hurr. Lo saludó y se sentó. Entonces le pidió que fuera con él.

‘Ubaydulláh ibn Al-Hurr repitió lo que había dicho antes y trató de excusarse de hacer lo que le era solicitado.

– *“Si no vas a ayudarnos –le dijo Al-Husáin (P)– entonces asegúrate de que no seas uno de los que luchan contra nosotros. Porque, por Dios, nadie que nos oiga gritar y no nos ayude quedará sin ser destruido”*.

– En cuanto a eso, luchar contra ti, –replicó él– nunca su cederá, si Dios, el Altísimo, quiere.

Entonces, Al-Husáin (P) lo dejó y continuó hacia su campamento. Hacia el final de la noche, ordenó a sus jóvenes que consiguieran provisión de agua. Entonces ordenó que el viaje continuara. Partió de Qasr Bani Muqatil.

‘Uqba ibn Sim’an reportó:

Partimos de una vez junto con él, y él se sintió marcado mientras iba montado en su caballo. Él se repuso, y dijo: *‘A Dios pertenecemos y hacia Él regresaremos. Alabado sea Dios, Señor de los Mundos’*.

Él dijo eso tres veces, y entonces su hijo, ‘Alí ibn Al-Husáin, se acercó a él y preguntó:

– ¿Por qué estás alabando a Dios y repitiendo el verso de regresar a Él?

– *“Hijo mío –contestó él– yo iba cabeciendo y un jinete se apareció ante mí, montado en un caballo, y dijo. ‘Los hombres viajan y los destinos viajan hacia ellos’ Entonces supe que se trataba de nuestras almas anunciándonos nuestra muerte”*.

– Padre –preguntó el joven–, ¿te considera malo Dios? ¿No estamos acaso en lo correcto?

– *“Por supuesto que estamos en lo correcto –contestó él– por Aquel a Quien regresarán todos Sus siervos”*.

– Padre –dijo el joven– entonces no debe importarnos, si vamos a morir correctamente.

– *“Que Dios te dé la mejor recompensa que un hijo pueda obtener por su comportamiento con su padre”* –respondió Al-Husáin (P)–.

En la mañana, él se detuvo y rezó la oración del amanecer. Luego se apresuró a volver a montar y a continuar su viaje con sus seguidores, virando hacia la izquierda con la intención de alejarse de los hombres de Al-Hurr. Sin embargo, Al-Hurr ibn Yazid vino hacia él y les impidió a él y a sus seguidores que siguieran esa dirección, y empezó a ejercer presión para dirigirlos hacia Kufa, pero ellos lo resistieron.

Así que dejaron de hacer esto pero los siguieron acompañando de la misma manera hasta llegar a

Nínive, que fue el lugar donde Al-Husáin (P) se detuvo.

De repente apareció un jinete sobre un caballo veloz, portando armas y un arco sobre el hombro, que venía de Kufa. Todos se detuvieron y lo miraron. Cuando él los alcanzó, saludó a Al-Hurr y a sus seguidores, pero no saludó a Al-Husáin (P) ni a sus acompañantes. Entregó una carta de 'Ubaydullah ibn Ziyad a Al-Hurr. En ella decía lo siguiente:

“Cuando esta carta llegue a ti y mi mensajero te alcance, haz que Al-Husáin se detenga. Pero déjalo detenerse solamente en un lugar abierto y sin vegetación. He ordenado a mi mensajero que se quede contigo y no te deje sino hasta que me traiga noticias de tu cumplimiento de mis instrucciones. Saludos”.

Cuando Al-Hurr hubo leído la carta, él les dijo:

– Ésta es una carta del gobernador 'Ubaydullah. Él me ha ordenado que haga que os detengáis en un lugar que esta carta sugiere. Éste es su mensajero y él le ha ordenado que no me deje sino hasta que yo haya cumplido la orden concerniente a vosotros.

Yazid ibn Ziyad ibn Al-Muhayir Al-Kindi, que estaba con Al-Husáin (P), miró al mensajero de Ibn Ziyad y lo reconoció.

– ¡Que tu madre se vea privada de ti! –exclamó–. ¡Mira a lo que has venido!

– Yo obedezco a mi imam (refiriéndose Yazid) y permanezco fiel a mi juramento de fidelidad –respondió el hombre–.

– Tú has sido desobediente a tu Señor y has obedecido a tu imam en causar la destrucción de tu alma –respondió Ibn Al-Muhayir–. Has adquirido la vergüenza eterna para ti mismo y el castigo del Fuego del Infierno. ¡Qué malvado Califa el tuyo! Ciertamente Dios ha dicho: ***“Nosotros los hicimos imames que invitan a las gentes hacia el Fuego del Infierno, y en el Día de la Resurrección ellos no serán ayudados”***⁵. Tu imam es uno de éstos.

Al-Hurr ibn Yazid empezó a hacer que las gentes se detuvieran en un lugar que carecía de agua y donde no había poblados.

– *¡Qué vergüenza! Déjanos detenernos en ese pueblo o en aquél* –dijo Al-Husáin (P)–.

Él se refería, al decir ése, a Nínive y Al-Ghadiriyya, y por aquél, a Shufayya.

– Por Dios, no puedo hacer eso –replicó Al-Hurr– ya que este hombre me fue enviado como espía.

– Hijo del Mensajero de Dios –dijo Zuhayr ibn Al-Qayrn– yo sólo puedo pensar que, después de lo que has visto, la situación se volverá peor de lo que ya viste. Luchar contra estas gentes, ahora, será más fácil para nosotros que luchar contra aquellos que vendrán detrás de ellos contra nosotros. Porque, por

mi vida, después de ellos vendrán contra nosotros en tal número que no tendremos fuerza para pelear contra ellos.

– *Yo no empezaré a pelear contra ellos* –contestó Al-Husáin (P)–.

Eso fue el jueves 2 de Muharram en el año 61 H (680). Al día siguiente, ‘Umar ibn Sa’d ibn Abu Waqqas partió de Kufa con 4.000 hombres a caballo. Se detuvo en Ninive y mandó llamar a ‘Urwa ibn Qays⁶ y le dijo:

– Ve a ver a Al-Husáin y pregúntale: ¿Qué te trajo y qué quieres?

‘Urwa era uno de los que le habían escrito a Al-Husáin (P) y le dio vergüenza hacer lo que le pidió ‘Umar. Lo mismo era el caso de todos los líderes que le habían escrito, y todos ellos se negaban a ir y no querían hacerlo. Kathir ibn Abdillah Ash-Sha’bi se levantó –él era un valiente caballero que nunca volvía la cara a nada– y dijo:

– Yo iré a verlo. Por Dios, si tú quieres yo me apresuraré en ir a verlo.

– Yo no quiero que lo ataques –dijo ‘Umar– sino que vayas a preguntarle qué lo ha traído.

Cuando Kathir se acercaba, Abu Thumama lo vio y le dijo a Al-Husáin:

– Que Dios te ayude, Abu Abdillah. El hombre más malvado del país, el que ha derramado más sangre y el más osado de todos en el ataque, viene hacia ti.

Entonces Abu Thumama se puso de pie y se enfrentó a Kathir diciéndole:

– ¡Baja tu espada!

– No, por Dios –contestó él– yo sólo soy un mensajero. Si vosotros me escucháis yo os diré el mensaje que me fue encomendado para dároslo. Si os negáis, yo me iré.

– Yo tomaré la empuñadura de tu espada –contestó Abu Thumama– y entonces podrás decir lo que tengas que decir.

– No, por Dios, tú no la tocarás.

– Entonces dime lo que has traído y yo se lo informaré a Al-Husáin. Pero yo no dejaré que te acerques a él ya que eres un charlatán.

Ambos se quedaron allí maldiciéndose mutuamente. Entonces Kathir regresó a ‘Umar ibn Sa’d y le contó lo que había pasado. ‘Umar mandó llamar a Qurra ibn Qays Al-Hanzari y le dijo:

– Me das vergüenza, Qurra, vé a ver a Al-Husáin y pregúntale qué lo trajo y qué quiere.

Qurra empezó a acercarse al Imam (P). Cuando Al-Husáin (P) lo vio, preguntó:

– *¿Conocéis a ese hombre?*

– Sí –contestó Habib ibn Muzahir– él es del clan de Hanzala de Tamym. Es hijo de nuestra hermana. Yo solía conocerlo como hombre de sano juicio. No hubiera pensado que él estaría presente en esta escena.

Él llegó y saludó a Al-Husáin (P). Entonces lo informó del mensaje de ‘Umar ibn Sa’d.

– *“Las gentes este pueblo tuyo me escribieron diciéndome que podía venir –respondió Al-Husáin (P)–. Sin embargo, si ahora habéis llegado a sentir aversión hacia mí, entonces de os dejaré”.*

– Vergüenza me das, Qurra –le dijo Habib ibn Muzahir– ¿vas a regresar con esos hombres injustos? Ayuda a este hombre a través de cuyos padres Dios te concederá gran favor.

– Primero regresaré a mi jefe con la respuesta a su mensaje –replicó Qurra– y entonces reflexionaré sobre mis ideas. Él regresó a ‘Umar ibn Sa’d y le dio su informe.

– Espero que Dios me libre de hacerle la guerra y de pelear contra él –dijo ‘Umar ibn Sa’d–

Entonces le escribió a ‘Ubaydullah ibn Ziyad:

“En el nombre de Dios, el Compasivo, el Misericordioso.

Te escribo esto desde donde me he estacionado, cerca de Al-Husáin, y le he preguntado qué lo trajo y qué quiere. Él contestó: ‘Las gentes de esta tierra me escribieron y sus mensajeros vinieron a verme para pedirme que viniera, y eso he hecho. Sin embargo, si ahora ellos han llegado a sentir aversión hacia mí, y la situación ahora les parece diferente de la que sus mensajeros me presentaron, yo me iré lejos de ellos’ ”.

Hasan ibn Qa’id Al-Absi reportó:

Yo estaba con ‘Ubaydullah cuando esta carta le llegó. Él la leyó y entonces recitó:

“Ahora cuando nuestras garras a él se aferran, él espera escapar, pero que alcance refugio alguno a él se le impedirá”.

Él le escribió a ‘Umar ibn Sa’d:

“Me llegó tu carta y he entendido lo que mencionas. Ofrécele a Al-Husáin la oportunidad para él y sus seguidores de jurar fidelidad a Yazid. Si él hace eso, nosotros veremos entonces cuál será nuestra decisión”.

Cuando la respuesta llegó a ‘Umar ibn Sa’d, él dijo: “Me temo que ‘Ubaydullah no aceptará que yo no

tenga que pelear contra Al-Husáin”.

Casi inmediatamente después de eso, llegó otra carta de Ibn Ziyad en la cual él decía:

“Impide a Al-Husáin y a sus seguidores que obtengan agua. No los dejes que prueben una gota de ella, tal como fue hecho con ‘Uthman ibn ‘Affan”.

De inmediato ‘Umar ibn Sa’d envió a ‘Arnr ibn Al-Hayyay con 500 jinetes para ocupar el camino hacia el agua y evitar que Al-Husáin y sus seguidores consiguieran agua, para que no bebiesen ni gota de ella. Eso fue tres días antes de la batalla contra Al-Husáin (P).

Abdullah ibn Al-Husáin Al-Azdi, que se contaba entre Bayila, gritó lo más fuerte que pudo:

– Husáin, ¿no ves que el agua está como si estuviera en medio del cielo? ¡Por Dios!, tú no probarás ni una gota de ella, y morirás de sed.

– *“Oh Dios, hazlo que muera de sed, y no lo perdones jamás”* –gritó respondiendo Al-Husáin–.

Humayd ibn Muslim reportó:

Por Dios, después de eso yo visité a Abdullah ibn Al-Husáin Al-Azdi cuando estaba enfermo. Por Dios, aparte del cual no hay deidad alguna, yo lo vi beber agua sin ser capaz de saciar su sed, y luego vomitar. Él gritaba: ‘¡Qué sed! ¡Qué sed!’ De nuevo volvía a beber agua sin poder saciar su sed, y de nuevo vomitaba. Entonces se quemaba de sed. Esto siguió así hasta que murió. Que Dios lo maldiga.

Cuando Al-Husáin (P) vio la multitud de tropas acampadas con ‘Umar ibn Sa’d, a quien Dios maldiga, estacionadas en Ninive para combatir contra él, mandó a avisar a ‘Umar ibn Sa’d que quería tener un encuentro con él. Los dos se encontraron de noche y platicaron por largo tiempo. Cuando ‘Umar ibn Sa’d regresó a su campamento, le escribió a ‘Ubaydullah ibn Ziyad, a quien Dios maldiga:

“Dios ha apagado el fuego del odio, ha unido a las gentes en una opinión, y ha dispuesto correctamente los asuntos de la comunidad.

Este hombre, Al-Husáin, me ha hecho una promesa de que se regresará al lugar de donde vino, o de que se irá a uno de los poblados fuera de nuestras fronteras: él se volverá como cualquiera otro de los musulmanes, con los mismos derechos y deberes que ellos, o irá a ver a Yazid, el Comandante de los Creyentes, y le dará la mano y verá si las diferencias entre ellos pueden ser reconciliadas.

En esta oferta tienes el consentimiento a lo que demandaste y la comunidad se beneficia”.

Cuando ‘Ubaydullah leyó la carta, dijo:

– Ésta es la carta acerca de un hombre sincero que está ansioso por la suerte de su gente.

– ¿Vas a aceptar esto de él? –demandó Shimr ibn Dhil Yawshan, saltando–, ¿siendo que él acampó en tu territorio? Por Dios, si él fuera un hombre de tu país y no pusiese su mano en la tuya, ya fuese que él estuviese en una posición de poder y fuerza o que estuviera en una posición de debilidad e impotencia, tú no le darías esta concesión, ya que ello sería una señal de debilidad.

Mejor haz que él y sus seguidores se sometan a tu autoridad. Entonces, si tú los castigas, será porque eres la persona más apropiada para castigar, y si los perdonas, tú tienes el derecho para hacerlo.

– Lo que has sugerido es bueno –replicó Ibn Ziyad–. Tu opinión es la correcta. Lleva este mensaje a ‘Umar ibn Sa’d y deja que él les ofrezca a Al-Husáin y sus seguidores la oportunidad de someterse a mi autoridad. Si ellos hacen eso, haz que me los envíe en paz. Si ellos se niegan, él debe combatirlos.

Si ‘Umar ibn Sa’d actúa según mis instrucciones, escúchalo y obedécelo. Sin embargo, si él se niega a combatirlos, entonces tú serás el comandante del ejército; ataca a Al-Husáin, córtale la cabeza y envíamela.

Entonces le escribió a ‘Umar ibn Sa’d:

“Yo no te envié a ver a Al-Husáin para que te resistieras a combatirlo, ni a perder el tiempo con él, ni a prometerle paz y la conservación de su vida, ni a presentar excusas de parte suya, ni a interceder por él ante mí. Así que mira que si Al-Husáin y sus seguidores se someten a mi autoridad y se rinden, debes enviármelos en paz. Si se niegan, entonces marcha contra ellos para combatirlos y castigarlos; ya que ellos merecen eso.

Si Al-Husáin es matado, haz que los caballos pisoteen su cuerpo, yendo hacia adelante y hacia atrás; ya que él es un rebelde desobediente, y yo no considero que sea de manera alguna incorrecto hacer esto después de su muerte.

Pero es mi opinión que debes hacerle esto si lo matáis.

Si cumples la orden que te doy en cuanto a él, nosotros te daremos la recompensa debida a quien es atento y obediente. Si te niegas, entonces te retiraremos el comando de nuestra provincia y nuestro ejército y dejaremos el ejército al mando de Shimr ibn Dhil Yawsan. Nosotros le hemos dado nuestra autoridad. Saludos”.

Shimr ibn Dhil Yawshan le llevó la carta a ‘Umar ibn Sa’d. Después de leerla, ‘Umar le dijo:

– Debería darte vergüenza. ¿Qué tienes que ver en esto? Que Dios nunca favorezca a tu casa. ¡Que Dios haga abominable lo que me has causado! Por Dios, yo no pensé que tú lo harías rechazar lo que escribí, y que nos echarías a perder un asunto que esperábamos haber dejado arreglado. Al-Husáin no se rendirá, ya que hay en su cuerpo un espíritu como el de su padre.

– Dime lo que vas a hacer –demandó Shimr–. ¿Vas a llevar a cabo la orden del gobernador y

combatirás a su enemigo, o vas a dejarme el mando del ejército?

– No. No habrá ventaja para ti. Ejecutaré esto, y no tú. Toma el mando de los soldados de a pie.

‘Umar ibn Sa’d se preparó para combatir a Al-Husáin (P) la noche del jueves 9 del mes de Muharram. Mientras tanto, Shimr salió y se paró frente a los seguidores de Al-Husáin (P).

– ¿Dónde están los hijos de mi hermana? –demandó él–.

Al-Abbas, Ya’far, Abdullah y ‘Uthman, hijos de ‘Alí ibn Abu Talib (P) se presentaron ante él.

– ¿Qué quieres? –preguntaron ellos–.

– Hijos de mi hermana, os garantizo seguridad –dijo Shimr–

– Que Dios te maldiga, y que maldiga la seguridad que ofreces sin ofrecérsela al hijo del Mensajero de Dios –replicaron los jóvenes–.

– Caballería de Dios, montad y anunciad las nuevas del Cielo (o sea, la muerte) –gritó ‘Umar ibn Sa’d–, y entonces las gentes se montaron y él se acercó a los seguidores de Al-Husáin después de la oración de la tarde.

Mientras tanto, Al-Husáin (P) estaba sentado frente a su tienda, dormitando con la cabeza sobre las rodillas. Su hermana oyó el clamor de los soldados del enemigo. Fue a ver a Al-Husáin y dijo:

– Hermano mío, ¿no oyes el ruido que se acerca?

– *“Acabo de ver al Mensajero de Dios (B.P.) en mi sueño – dijo Al-Husáin (P) al levantar la cabeza–. Él me dijo. “Tú vienes hacia nosotros”.*

Su hermana se golpeó la cara con las manos y gritó lamentándose.

– *“No tienes razón para lamentarte, hermana –le dijo Al-Husáin (P)–. Cálmate, que Dios tenga misericordia de ti”.* Entonces se volvió hacia Al-Abbas ibn ‘Alí y le dijo:

– *“Hermano, los enemigos han llegado, así que alístate, pero antes, ‘Abbas, sal tú mismo sobre tu caballo a encontrarlos para hablarles acerca de lo que tienen en mente y lo que les parece apropiado, y pregúntales acerca de lo que los ha traído contra nosotros”.*

Al-Abbas fue hacia ellos con unos 20 jinetes, entre los cuales estaba Zuhayr ibn Al-Qayn.

– ¿Cómo veis la situación? –preguntó él–. ¿Qué queréis?

– Ha llegado la orden del gobernador de que te ofrezcamos la oportunidad de que os sometáis a su autoridad o que, de lo contrario, os ataquemos –respondieron–.

– No os apresuréis a hacer algo sino hasta que haya regresado a Abu Abdillah y le diga lo que habéis dicho –pidió Al–Abbas–.

Ellos se detuvieron donde estaban y le dijeron:

– Ve a él e infórmalo, y dinos lo que te diga.

Al–Abbas regresó galopando hacia Al–Husáin (P) para darle la información. Mientras, sus compañeros se quedaron intercambiando palabras con el enemigo, tratando de probarlos y disuadirlos de luchar contra Al–Husáin (P). Al–Abbas le dijo lo que el enemigo había dicho.

– *“Regresa a ellos –dijo él–. Si puedes, entreténlos hasta la mañana y convénceles de que se abstengan de atacarnos durante la noche. Entonces, tal vez, podamos rezar a nuestro Señor durante la noche para invocarlo y solicitar Su Perdón. Él sabe que yo siempre he amado hacer la oración formal para Él, la recitación de Su Libro, y hacerle muchas invocaciones y súplicas buscando Su Perdón”.*

Al–Abbas volvió hacia las gentes, y regresó después de estar con ellos, acompañado de un mensajero de parte de ‘Umar ibn Sa’d, que decía:

– Te concederemos un día hasta mañana. Entonces, si te rindes, te enviaremos a nuestro gobernador, ‘Ubaydullah ibn Ziyad, pero si te niegas, nosotros ya no te dejaremos.

Después de que éste partió, hacia la noche, Al–Husáin (P) reunió a sus seguidores alrededor suyo.

‘Alí ibn Al–Husáin, Zaynul ‘Abidin (P) reportó:

Me acerqué a escuchar lo que él les iba a decir, aun cuando yo estaba enfermo entonces. Oí que mi padre decía a sus seguidores:

“Glorifico a Dios con la alabanza más perfecta y lo alabo en la felicidad y en la desgracia.

¡Oh Dios!, te ruego que nos bendigas con la profecía, enseñándonos el Corán y haciéndonos entender la Religión. Tú nos diste el oído, la vista y los sentimientos, y nos pusiste entre quienes te dan gracias.

Yo no conozco seguidores más leales y virtuosos que mis seguidores, ni familia alguna más leal y virtuosa que mi familia. Que Dios os recompense bien por amor a mí.

En verdad, yo no creo que nos queden más días concedidos por esos hombres. Os permito que me dejéis. Os podéis ir todos vosotros con la absolución de vuestro juramento de seguirme, ya que no habrá más obligación de vosotros hacia mí. Ésta es una noche cuya oscuridad os cubrirá: usadla como camello (o sea, os podéis ir aprovechando la oscuridad de la noche)”.

Sus hermanos e hijos, los hijos de sus hermanas y los hijos de Abdullah ibn Ya’far dijeron:

– Nosotros no te dejaremos para poder seguir viviendo después de tu muerte. Dios nunca nos verá hacer tal cosa.

Al-Abbas ibn ‘Alí (P) fue el primero de ellos en hacer esta declaración. Entonces todo el grupo lo siguió en declarar lo mismo.

– *“Hijos de ‘Aqil –dijo Al-Husáin (P)–, ya bastantes de vuestra familia han sido matados. Así que os podéis ir como os lo he permitido”.*

– ¡Gloria a Dios! –replicaron–, ¿qué diría la gente? Ellos dirían que nosotros desertamos de nuestro sheij, de nuestro señor, al hijo de nuestro tío, el cual fue el mejor de los tíos, y que no disparamos flechas junto con él, que no arrojamos lanzas junto con él, que no usamos las espadas junto con él. Ante esa acusación no sabemos qué podríamos hacer.

No, por Dios, nosotros no haremos tal cosa. Antes daríamos por ti nuestras vidas, nuestras propiedades y nuestras familias. Nosotros lucharemos por ti hasta que lleguemos a nuestro destino. ¡Que Dios nos haga aborrecer la vida si es que vivimos después de tu muerte!

Entonces Muslim ibn ‘Awsaya se levantó y habló:

– ¿Podríamos dejarte solo? ¿Cómo podríamos excusarnos ante Dios en cuanto al cumplimiento de nuestro deber hacia ti? Por Dios, yo los atacaré con mi lanza hasta que ésta se rompa, los golpearé con mi espada en tanto que la empuñadura esté en mi mano. Si no me queda arma alguna para combatirlos, les arrojaré piedras.

Por Dios, nosotros nunca te dejaremos, y Dios sabrá que nosotros protegimos, defendiéndote, la compañía de Su Mensajero en su ausencia. Por Dios, si yo supiera que iba a morir y luego iba a ser revivido, y luego quemado y revivido de nuevo, y luego mis cenizas iban a ser dispersadas, y que eso me iba a ser hecho setenta veces, yo nunca te dejarla, y lucharé por ti hasta encontrar la muerte combatiendo por tu causa.

Entonces, ¿cómo podría no hacerlo, siendo que sólo puede haber una muerte, la cual es una gran bendición que nunca puede ser rechazada?

Zuhayr ibn Al-Qayri, que Dios tenga piedad de él, dijo: “Por Dios, yo preferiría ser matado y luego ser vuelto a la vida, y luego matado mil veces de esta forma para que, de esta manera Dios, el Todopoderoso y Altísimo, protegiese tu vida y las vidas de estos jóvenes de tu Familia”.

Todos sus seguidores hablaron de manera similar, uno tras otro. Al-Husáin (P) invocó a Dios pidiéndole que los recompensara bien, y luego regresó a su tienda.

‘Alí Ibn Al-Husáin (P) reportó:

Yo estaba sentado esa noche antes de la mañana del día en que mi padre fue matado. Conmigo estaba mi tía Zaynab, quien me atendía, cuando mi padre salió para ir a su tienda. Con él estaba Yuwayn, el sirviente de Abu Dharr Al-Ghiffari, preparando su espada, y mi padre recitó:

“¡Tiempo!, vergüenza me das como amigo. Al amanecer el día y al ponerse el sol, ¡cuántos compañeros serán cadáveres! El tiempo no estará satisfecho con sustituto alguno. El asunto estará en manos del Todopoderoso, y toda criatura viviente tendrá que viajar a lo largo de mi camino”.

Él lo repitió dos o tres veces. Yo lo entendí y me di cuenta de lo que él quería decir. Las lágrimas me ahogaron y las contuve. Me quedé callado y supe que la tribulación había llegado a nosotros.

En cuanto a mi tía, ella oyó lo que yo escuché –pero ella es una mujer y la debilidad y los lamentos son parte de las características de las mujeres– y no se pudo controlar. Saltó, rasgó sus vestiduras y, sollozando, fue hacia él.

– Así que voy a perder un hermano, –le dijo Zaynab–. ¡Ojalá que la muerte me privara hoy de la vida, ya que mi madre Fátima está muerta, y mi padre ‘Alí está muerto, así como mi hermano Al-Hasan, la paz sea con todos ellos!

– *¡Oh hermana!,* –le dijo Al-Husáin (P) al verla con sus ojos llenos de lágrimas– *no dejes que Satanás te quite la perseverancia. Recuerda: si se deja a los gansos de noche, éstos dormirán* (es decir, la naturaleza toma su curso).

– ¡Ay, qué sufrimiento!, tu vida te será violentamente arrebatada y eso es lo que hiere más a mi corazón y es lo más duro para mi alma –se lamentó ella, y entonces se golpeó la cara–.

Ella se inclinó y tomó la orilla de su vestido y empezó a rasgarlo. Luego cayó desmayada.

Al-Husáin (P) se levantó, le enjugó la cara con agua, y entonces le dijo:

– *“Hermana, teme a Dios y consuélate en Él. Has de saber que las gentes del mundo morirán y que los habitantes del cielo (los astros) no continuarán existiendo por siempre, ya que todo será destruido, excepto la Presencia de Dios, Quien creó todo por Su Poder. Él produce a las criaturas y Él las hace regresar; Él es Uno y Único. Mi abuelo fue mejor que yo, mi padre fue mejor que yo y ni madre fue mejor que yo. Yo y todos los musulmanes tenemos un modelo ideal en el Mensajero de Dios (B.P.)”.*

Con esto y argumentos similares él trató de consolarla y le dijo:

– *“¡Oh, hermana!, te lo juro, y yo siempre mantengo mis juramentos, que no debes rasgar tus ropas, ni arañarte la cara, ni gritar de dolor y pena cuando yo sea destruido”.*

Entonces la trajo y la hizo que se sentara conmigo. Él salió a ver a sus seguidores y les ordenó que acercaran mucho sus tiendas, tanto que sus estacas quedasen unas dentro del área de las otras

tiendas, y así si ellos permanecían entre sus tiendas, el enemigo sólo podría acercarse a ellos por un lado, ya que ellos tendrían tiendas detrás, así como a la izquierda y la derecha.

De esta manera las tiendas los rodeaban por completo, excepto por el único camino por el que el enemigo podría llegar contra ellos.

Después de eso, él regresó a su tienda y pasó toda la noche haciendo oración, pidiendo el Perdón de Dios, y haciendo invocaciones. De la misma manera sus seguidores hicieron oración, hicieron súplicas y solicitaron el Perdón de Dios.

Ad-Dahhk ibn Abdillah reportó:

Un contingente de ‘Umar ibn Sa’d pasaba continuamente ante nosotros vigilándonos, mientras Al-Husáin (P) recitaba:

“Que, los infieles no piensen que el que les damos una tregua es mejor para ellos mismos, Nosotros les concederemos un receso sólo para que puedan incrementar su maldad. Ellos tendrán un castigo humillante. Dios no deja a los creyentes en la situación en que estáis sino hasta que Él haya hecho que el mal se distinga del bien por sí mismo...”⁷.

Un hombre llamado Abdullah ibn Samir, que estaba entre aquellos jinetes oyó eso. Él era muy dado a la risa, y era un combatiente valeroso y un caballero de la nobleza. Él gritó:

- ¡Por el Señor de la Kaaba!, nosotros somos el bien y nos hemos distinguido de vosotros.
- ¡Oh terrible pecador! –gritó Burayr ibn Hudayr– ¿te ha hecho Dios uno de los buenos?
- ¡Maldito seas, quienquiera que seas! –respondió gritando–
- Yo soy Burayr ibn Hudayr –replicó él, y ambos se maldijeron mutuamente–.

A la mañana siguiente, Al-Husáin (P) movilizó a sus seguidores después de la oración del amanecer. Tenía consigo 32 jinetes y 42 soldados de a pie. Puso a Zuhayr ibn Al-Qayn a cargo del flanco derecho y a Habib ibn Muzahir a cargo del izquierdo, y le dio su estandarte a su hermano Al-Abbas. Ellos se apostaron con las tiendas detrás. Él ordenó que la leña y las cañas que había detrás de las tiendas fueran puestas en una zanja que había sido excavada y que le prendieran fuego, temiendo ser atacados por la retaguardia.

‘Umar ibn Sa’d empezó la mañana de ese día –era viernes, o sábado, como dicen algunos– a movilizar a sus seguidores. Salió con sus hombres hacia Al-Husáin (P). ‘Amr ibn Al-Hayyay iba al mando de su flanco derecho, Shimr ibn Dhil-Yawshan a cargo del izquierdo, ‘Urwa ibn Qays tenía la caballería a su cargo, y Shabath ibn Rib’i comandaba a sus soldados de a pie. ‘Umar le dio su estandarte a Durayd, su sirviente.

‘Alí ibn Al-Husáin, Zaynul ‘Abidin (P), reportó:

Cuando la caballería empezó a acercarse a Al-Husáin, él levantó las manos y dijo:

“¡Oh Dios!, es en Ti en Quien yo confío en medio de todo el sufrimiento. Tú eres mi esperanza entre tanta violencia. Tú eres mi confianza y provisión en todo lo que me suceda, sin importar cuánto parezca que el corazón se debilite por ello, que las trampas hagan que parezca que mi fuerza disminuye, que los amigos puedan desertarme y que el enemigo se regocije por ello.

Ello viene sobre mí por Ti y cuando me quejo de ello ante Ti es por mi deseo de Ti, sólo de Ti.

Tú me has consolado en todo y me has revelado el significado de ello.

Tú eres el Dueño de toda gracia, el Poseedor de toda bondad y la Satisfacción Final de todo deseo”.

Cuando el enemigo empezó a moverse alrededor de la tienda de Al-Husáin (P), ellos vieron la zanja detrás y el fuego de la leña y las cañas ardiendo. A esto, Shimr ibn Dhil-Yawshan gritó tan fuerte como pudo:

– Al-Husáin, ¿vas corriendo hacia el Fuego del Infierno antes del Día de la Resurrección?

– “¿Quién es ése? –preguntó Al-Husáin (P)–. *Suena como Shimr ibn Dhil-Yawshan”.*

– Sí, es él –le dijeron–.

– “Hijo de una pastora de cabras, tú eres más adecuado para arder en él” –contestó el Imam (P)–.

Muslim ibn ‘Awsaya quiso dispararle una flecha a Shimr, pero Al-Husáin (P) lo detuvo.

– Déjame dispararle ahora que Dios ha hecho posible matarlo –pidió– ya que él es un malvado pecador, uno de los enemigos de Dios, y un gran tirano.

– “No le dispares –ordenó Al-Husáin (P)– *ya que yo no estoy dispuesto a empezar la batalla contra ellos”.*

Entonces Al-Husáin (P) mandó por su caballo y lo montó. Gritó tan fuerte como pudo:

“¡Oh gentes de Iraq! –y la mayoría de ellos empezaron a escucharlo–. Gentes, escuchad mis palabras y no os apresuréis a atacarme, pues quiero recordaros los deberes que tenéis hacia mí y os quiero decir las verdaderas circunstancias y librarme así de cualquier culpa si me atacáis.

Si me hacéis justicia, seréis más felices debido a ello. Si no me hacéis justicia por vuestra propia voluntad, como individuos,

‘entonces poneos de acuerdo acerca de vuestros asuntos y vuestros asociados; que vuestro

asunto no esté oscuro para vosotros. Entonces, llevadlo a cabo contra mí y ya no reflexionéis más⁸. ***‘Ciertamente, mí Guardián es Dios, el Cual Creó el Libro. Él cuida a los que son juntos’***⁹.

Luego alabó y glorificó a Dios y mencionó lo que se debe rendir a Dios. Pidió bendiciones para el Profeta (B.P.) y para los ángeles y los otros profetas. Ningún orador ha sido oído, ni antes ni después de él, que sea más elocuente que él en su discurso. Él continuó:

“Buscad mi linaje y considerad quién soy. Luego miraos a vosotros mismos y reconoced quiénes sois. Considerad si es correcto para vosotros el matarme y deshonrar a mis parientes.

¿No soy acaso el hijo de la hija de vuestro Profeta; el hijo de su legítimo heredero: el primero de los creyentes en Dios y el primer hombre que creyó en lo que Su Mensajero (B.P.) trajo de parte de su Señor? ¿No fue Hamza, el señor de los mártires, mi tío? ¿No fue Ya’far, el que vuela en el cielo, mi tío? ¿No escuchasteis las palabras del Mensajero de Dios (B.P.) acerca de mí y de mi hermano, ‘Estos son los dos señores de los jóvenes del Paraíso’?

Ya sea que creáis en lo que os digo y es la verdad, ya que, ¡por Dios!, yo nunca he dicho una mentira pues sé bien que Dios odia a las gentes que las dicen o que me consideréis un embustero, hay entre vosotros quienes, si les preguntáis, os podrán informar.

Preguntad a Yabir ibn Abdullah Al-Ansari, Abu Sa’id Al-Judri, Sahl ibn Sa’d As-Sa’idi, Zayd ibn Arqam y Anas ibn Malik, que os digan que oyeron estas palabras del Mensajero de Dios (B.P.) acerca de mí mismo y de mi hermano. ¿No hay en esto razones suficientes para que evitéis derramar mi sangre?”.

– Si entiendo lo que estás diciendo –dijo Shimir ibn Dhil– Yawshan– entonces yo adoro a Dios muy escasamente, apenas.

– Yo creo que tú adoras a Dios muy escasamente, setenta veces menos que cualquier otro –dijo Habib ibn Muzahir– y yo testifico que tienes razón: tú no entiendes lo que él está diciendo ya que Dios ha impreso la ignorancia sobre tu corazón.

“Si no tenéis duda alguna acerca de eso –les dijo Al- Husáin (P)– vosotros estáis dudando que yo sea el hijo de la hija de vuestro Profeta. ¡Por Dios!, no hay otro hijo de profeta además de mí entre vosotros y entre las gentes desde el Este hasta el Oeste. Os debería dar vergüenza.

¿Acaso estáis buscando de mí que pague la expiación por alguno de vuestros muertos a quien yo hubiera matado, o por propiedad que yo hubiera usurpado, o por alguna herida que yo hubiese infligido?”.

Ellos no le dijeron nada. Entonces continuó:

– “Shabath ibn Rib’i, Hayyar ibn Abyar, Qays ibn Al-Ash’ath, Yazid ibn Al-Harith: ¿acaso no me escribisteis?: ‘La fruta está madura; los dátiles se han puesto verdes; ven por un ejército que ha sido

reunido para ti' ”.

– Nosotros no sabemos de qué hablas –dijo Qays Ibn Al- Ash’ath– Sométete a la autoridad de tus parientes (los Omeyas). Ellos nunca te han tratado sino con lo que quieres.

– “¡Por Dios!, yo nunca os daré la mano como un hombre que ha sido humillado, ni huiré como un esclavo” –dijo Al- Husáin (P)–.

Entonces gritó:

“¡Oh siervos!, me refugio en mi Señor y en vuestro Señor en contra de vuestro apedreamiento”¹⁰

“...Me refugio en mi señor y vuestro Señor en contra de todo hombre soberbio que no cree en el Día del Recuento”¹¹

Hizo a su caballo que se agachara y ordenó a ‘Uqba ibn Sim’an que atara las riendas. Entonces las gentes de Kufa empezaron a avanzar contra Al-Husáin (P).

Cuando Al-Hurr ibn Yazid se dio cuenta de que las gentes estaban determinadas a combatir a Al-Husáin (P), le dijo a ‘Umar:

– ¿Vas a pelear contra este hombre?

– Si –contestó él– será una batalla terrible, de la cual lo menos grave serán cabezas cayendo y manos cortadas volando.

– ¿No tienes ninguna otra manera de obtener lo que quieres? –dijo Al-Hurr–.

– Si la decisión me perteneciera –contestó ‘Umar– yo haría otra cosa, pero vuestro gobernador ha rechazado cualquier alternativa.

Al-Hurr se fue y se quedó apartado de la gente. Con él estaba un hombre de su tribu llamado Qurra ibn Qays.

– Qurra, ¿has dado de beber hoy a tu caballo? –preguntó Al-Hurr–.

– No, –contestó–.

– ¿Quieres darle de beber?, –dijo Al-Hurr–. Qurra reportó después:

Yo pensé que Al-Hurr iba a dejar la batalla, y no quería estar presente durante ella, pero no quería ser visto cuando se fuera, así que dije: “No le he dado de beber e iba a darle”. Entonces lo dejé donde estaba. Por Dios, si él me hubiera dicho lo que intentaba hacer, yo habría ido con él a Al-Husáin (P).

Al-Hurr empezó gradualmente a acercarse a Al-Husáin (P).

– ¿Qué quieres Ibn Yazid? –preguntó Muhayir ibn Aws–.

Pero él no respondió. En vez de ello, empezó a estremecerse.

– Tu comportamiento es sospechoso –dijo Muhayir–. ¡Por Dios!, nunca antes te vi actuar así Si me preguntaran quién es el más valiente de los hombres de Kufa, por lo general yo no dejaría de mencionarte. ¿Qué es lo que veo hoy en ti?

– ¡Por Dios!, le estoy dando a mi alma a que elija entre el Cielo y el Fuego del Infierno –contestó Al-Hurr–. ¡Por Dios!, yo no escogeré nada que no sea el Cielo, aun cuando sea cortado en pedazos y quemado.

Entonces él fustigó su caballo y galopando fue a unirse a Al-Husáin (P).

– ¿Puedo ser tu rehén, hijo del Mensajero de Dios? –dijo él–. Yo soy el compañero que te impidió regresar. Yo te acompañé a lo largo del camino y te hice detenerte en este lugar. Pero yo no creí que las gentes se negarían a responder a lo que les ofreciste y que ellos llegarían a esta posición a la que han llegado con respecto a ti.

¡Por Dios!, si yo hubiera sabido que ellos terminarían haciendo lo que veo que te hacen, yo nunca habría cometido lo que hice contra ti. Me arrepiento ante Dios por lo que he hecho.

¿Aceptarás tú también mi arrepentimiento?

– “Sí, –contestó Al-Husáin (P)– *que Dios te perdone. Así que desmonta*”.

– Tú no tendrás otro jinete mejor que yo, ni mientras esté desmontado, otro mejor soldado de a pie –dijo él–. Continuaré luchando a pie hasta el amargo final.

– “Hazlo –dijo Al-Husáin (P)–. *Que Dios te conceda misericordia por lo que Él te ha revelado*”.

Él avanzó, frente a Al-Husáin (P) y gritó:

¡Gentes de Kufa!, vuestras madres se verán privadas de sus hijos y las lágrimas acudirán a sus ojos.

¿Pedisteis a este hombre justo que acudiera a vosotros y luego, cuando él vino, lo entregasteis a sus enemigos? ¿Afirmasteis que pelearíais por él con vuestras propias vidas, y ahora habéis empezado a atacarlo para matarlo? Os habéis apoderado de su vida; habéis atrapado su garganta; lo habéis rodeado por todos lados para evitar que regrese a la amplia tierra de Dios (el Hiyaz).

Él cayó en vuestras manos como un prisionero que ya no tiene poder para usar su vida y no puede defenderse del daño. Habéis impedido que él, las mujeres de su familia, sus hijos y sus gentes obtengan el agua del Éufrates, la cual pueden beber los judíos, cristianos y zoroastríanos, y la cual beben los perros y los cerdos de Sawad.

Ellos (la familia de Al-Husáin [P]) probablemente morirán de sed. ¡Con cuánta maldad habéis tratado a la progenie de Muhammad (B.P.)! ¡Que Dios no os dé a beber agua en el Día de la Sed!

Algunos de los soldados de a pie lo atacaron disparándole flechas. Él fue a pararse frente a Al-Husáin (P).

– Durayd –gritó ‘Umar ibn Sa’d– tráeme tu estandarte.

Él lo trajo. ‘Umar puso una flecha en su arco y la dejó volar. Dijo:

– Sed testigos todos vosotros de que yo fui el primero en disparar.

Las gentes empezaron a dispararse unos a otros y a avanzar para el combate cuerpo a cuerpo, Yasar, sirviente de Ziyad ibn Abu Sufyan, del ejército de ‘Umar avanzó. Abdullah ibn ‘Umayr Al-Kaibi, de las filas de Al-Husáin (P), avanzó para enfrentarse a él.

– ¿Quién eres? –le preguntó Yasar, e Ibn Al-Kalb le dio su linaje–.

– No te conozco –contestó Yasar–. Que Zuhayr ibn Al-Qayn o Habib ibn Muzahir salgan contra mí.

– Hijo de una mala mujer, tú querías combatir cuerpo a cuerpo con uno de las gentes –replicó Abdullah ibn ‘Umayr Al-Kalbi–.

Con eso, Ibn Al-Kalbi lo golpeó con su espada hasta apaciguarlo. Mientras él estaba ocupado peleando, Salim, sirviente de ‘Ubaydullah ibn Ziyad lo atacó. Los seguidores de Al-Husáin gritaron para prevenirlo: “¡El otro sirviente se acerca a ti!”. Ibn Al-Kalb no notó a Salim sino hasta que éste estaba sobre él.

Con su brazo izquierdo esquivó el golpe de Salim pero los dedos de su mano le fueron cortados. Entonces él se volvió hacia Salim y lo golpeó y lo mató. Después de matar así a ambos, ibn Al-Kaibi avanzó y dijo:

– Si no me conocéis, yo soy ibn Al-Kalbi, un hombre de ira y amargura. No soy un debilucho ante la cara del desastre.

‘Amr ibn Al-Hayyay, con las gentes de Kufa bajo su mando, lanzó un ataque contra el flanco derecho de los seguidores de Al-Husáin (P). Cuando ellos se acercaron, los seguidores de Al-Husáin se arrodillaron y apuntaron sus lanzas contra ellos. Los caballos de los atacantes no quisieron avanzar contra las lanzas y se dieron la vuelta en retirada.

Los seguidores de Al-Husáin (P) empezaron a disparar flechas al enemigo, matando a algunos de ellos e hiriendo a otros.

Abdullah ibn Hawza, del clan de Banu Tamim se acercó al campamento de Al-Husáin (P) y las gentes

le gritaban:

- ¿A dónde vas? ¡Que tu madre se vea privada de ti!
- Estoy en lo correcto, avanzando hacia un Señor misericordioso y hacia un intercesor que es escuchado (o sea, hacia el Profeta) –contestó él–.
- ¿Quién es ése? –preguntó Al-Husáin (P) a sus seguidores–.
- Ibn Hawza At-Tamimi –le dijeron–.

“¡Oh Dios, mándalo al Fuego del Infierno!”, exclamó Al-Husáin (P) [12](#).

Con eso, el caballo de Ibn Hawza se encabritó y él se cayó. Su pierna izquierda se atoró en el estribo y su pierna derecha estaba libre. Muslim ibn ‘Awsaya lo atacó y le dio con la espada en la pierna derecha y se la cortó. El caballo se fue galopando, arrastrándolo, y su cabeza golpeaba toda piedra y montículo de tierra, hasta que murió. Dios envió de inmediato su alma al Fuego del Infierno. Entonces se suscitó más lucha y más hombres fueron matados.

Al-Hurr ibn Yazid atacó a los seguidores de ‘Umar ibn Sa’d y, al hacerlo recitaba las palabras de ‘Antara:

“Con el cuello y el pecho de mi caballo hacia adelante me lanzará contra ellos una y otra vez, hasta que el animal esté bañado en sangre”.

Yazid ibn Sufyan, del clan de Banu Al-Harith de Tamim, avanzó para enfrentarse a él. Pronto Al-Hurr lo mató.

Mientras tanto, Nafi’ ibn Hilal avanzó declarando:

- Yo soy el hijo de Hilal. Yo creo en la religión de ‘Alí. Muzahim ibn Hurayth fue contra él, gritando:
- Yo sigo la religión de ‘Uthman.
- Más bien sigues la religión de Satán –replicó Nafi’ y lo atacó y lo mató–.
- ¡Compañeros estúpidos! –gritó ‘Amr ibn Al-Hayyay a sus hombres–, ¿no os dais cuenta de a quién estáis combatiendo? Estos soldados del pueblo son gentes que buscan la muerte. Que ninguno de vosotros avance solo a pelear contra ellos cuerpo a cuerpo. Ellos son solamente unos cuantos y su tiempo se está acabando. Si vosotros sólo les echarais piedras, los mataríais al fin y al cabo.
- Cierto, has llegado a la conclusión correcta –le dijo ‘Umar ibn Sa’d–.

Entonces envió el mensaje a los comandantes de que ninguno de sus hombres pelease solo en combate cuerpo a cuerpo.

‘Amr ibn Al-Hayyay y sus hombres lanzaron un ataque contra Al-Husáin (P) desde la dirección del Éufrates. Ellos pelearon juntos ferozmente por un tiempo. Muslim ibn ‘Awsaya, que Dios tenga piedad de él, fue derribado pero ‘Amr y sus hombres se retiraron. Cuando se asentó el polvo, los seguidores de Al-Husáin encontraron a Muslim tendido agonizando. Al-Husáin (P) caminó hacia él cuando estaba a punto de morir.

– *Muslim, que Dios tenga misericordia de ti* –dijo Al-Husáin–

Luego recitó:

“De ellos (los creyentes) es él quien ha cumplido su voto; y de ellos es él quien espera; ellos no han cambiado nada”¹³.

Habib ibn Muzahir se acercó y dijo:

– Muslim, tu muerte es dura para mí y difícil de soportar, pero té doy las buenas nuevas del Cielo, a donde vas.

– Que Dios también te dé el Cielo a ti –replicó Muslim con voz débil–.

– Aun si yo supiera que te seguiría en este mismo momento, todavía quisiera que me encomendaras llevar a cabo todo lo que te concierna –dijo Habib–.

Entonces las gentes vinieron otra vez contra Al-Husáin (P). Shimir ibn Dhil-Yawshan lo atacó con su flanco izquierdo y se lanzó contra el flanco izquierdo de Al-Husáin (P), pero los hombres de éste se mantuvieron firmes contra él y con sus lanzas lo forzaron a retirarse.

Al-Husáin (P) y sus seguidores fueron atacados por todos lados, pero los seguidores de Al-Husáin lucharon ferozmente. Entonces la caballería de ellos empezó a atacar y aun cuando ellos eran solamente jinetes, no hubo lado de la caballería de Kufa que ellos atacaran que no hicieran batirse en retirada.

Cuando ‘Urwa ibn Qays –que estaba al mando de la caballería de las gentes de Kufa– vio eso, le mandó decir a ‘Umar ibn Sa’d:

–¿No ves cómo mi caballería está recibiendo (golpes) de ese pequeño grupo de hombres? Envía a los soldados de a pie y a los arqueros contra ellos.

Él envió a los arqueros contra ellos. El caballo de Al-Hurr ibn Yazid quedó lisiado. Él desmontó y empezó a gritar:

– Habéis inutilizado mi caballo, pero soy el hijo de la libertad, y más valiente que un león con melena.

Él los atacó con su espada pero un gran número de soldados vinieron contra él. Ayyub ibn Musarrih y

otros de los jinetes de Kufa lo mataron entre todos.

Los seguidores de Al-Husáin (P) continuaron luchando ferozmente contra el enemigo hasta el mediodía. Cuando Husáin ibn Numayr –que estaba encargado de los arqueros– se dio cuenta de la perseverancia de los seguidores de Al-Husáin (P), avanzó contra sus seguidores con 500 arqueros para que hicieran llover flechas sobre ellos. Continuaron disparándoles hasta inutilizar a la mayoría de sus caballos, e hirieron a algunos de sus hombres.

Entonces se movieron otra vez contra ellos y una feroz batalla fue librada entre ambos bandos por algún tiempo. Shimr Ibn Dhil-Yawshan también los atacó con sus seguidores pero Zuhayr ibn Al-Qayri, con diez de los seguidores de Al-Husáin (P), contraatacó y los hizo alejarse de las tiendas. Shimr ibn Dhil-Yawshan se volvió contra ellos pero algunos de sus hombres fueron matados y el resto se retiraron a sus posiciones.

El número de los muertos era aparentemente de los seguidores de Al-Husáin (P) dado los pocos que eran mientras que no era tan notable entre los seguidores de ‘Umar ibn Sa’d debido a su gran número.

La batalla continuó siendo librada feroz y desesperadamente. El número de muertos y heridos entre los seguidores de Abu Abdillah (P) continuó creciendo hasta que el sol empezó a declinar. Al-Husáin (P) y sus compañeros rezaron la oración según el rito de la “oración del temor en peligro”.

Hanzala ibn Sa’d Ash-Shibami avanzó frente a Al-Husáin (P) y gritó:

– ¡Gentes de Kufa! **¡Oh gentes!, “temo por vosotros lo mismo que sucedió en el Día de los Grupos”¹⁴. “Temo por vosotros en el Día de la Convocatoria”¹⁵.** ¡Oh gentes!, no matéis a Al-Husáin, porque Dios os destruirá con un castigo. **“...El que forja una mentira se verá frustrado”¹⁶.**

Él avanzó y peleó hasta que fue matado, que Dios tenga misericordia de él. Después de eso, Shawdhab, sirviente de Shakir, avanzó, después de decir:

– Saludos, Abu Abdillah, y que Dios depare para ti Su misericordia y Sus bendiciones.

Él luchó hasta ser matado, que Dios tenga piedad de él. Entonces vino ‘Abis ibn Shabib Ash-Shakiri. Saludó a Al-Husáin (P) y peleó hasta que fue matado. Cada hombre de los seguidores de Al-Husáin (P) continuó avanzando y fueron matados hasta que quedaron con Al-Husáin (P) únicamente los miembros de su propia familia.

Su hijo, ‘Alí ibn Al-Husáin (P), cuya madre era Layla bint Abu Murra ibn ‘Urwa ibn Mas’ud Ath-Thaqafi, fue el siguiente en avanzar. Él era uno de los hombres más apuestos de esa época. En ese día él tenía diecinueve años de edad. Atacó al enemigo declarando:

– Yo soy ‘Alí ibn Al-Husáin ibn ‘Alí. ¡Por la Casa de Dios!, nosotros somos los que fuimos justamente dotados con el Profeta. ¡Por Dios!, el hijo de un bastardo no nos juzgará. Yo atacaré con mi espada en

defensa de mi padre. Atacaré con la fuerza de un Hashemi, un Quraish.

Hizo eso varias veces y las gentes de Kufa temían matarlo. Entonces Murra ibn Mundhiq al-Abdi lo vio. Él dijo:

– Que los crímenes de los árabes caigan sobre mí si él pasa ante mí haciendo lo mismo que ha estado haciendo y yo no dejo a su madre sin hijo.

‘Alí ibn Al-Husáin continuó atacando al enemigo como había estado haciéndolo pero entonces Murra ibn Mundhiq fue contra él y lo apuñaló. ‘Alí fue derribado y los soldados del enemigo cayeron sobre él, cortándolo con sus espadas. Al- Husáin (P) salió y se paró ante él y dijo:

“¿Que Dios mate a las gentes que te mataron hijo mío! ¿Qué tontos y osados son ellos contra el Misericordioso violando la santidad de la Familia del Profeta (B.P.):!”

Sus ojos se llenaron de lágrimas y dijo:

“Después de ti sólo habrá polvo en el mundo”.

Zaynab, la hermana de Al-Husáin (P), vino corriendo, gritando:

– ¡Mi hermano, mi sobrino!

Ella llegó y se arrojó sobre su sobrino muerto. Al-Husáin la levantó y la condujo de regreso a la tienda. Él les dijo a sus hijos menores:

– *Traed a vuestro hermano.*

Ellos lo cargaron y lo pusieron ante la tienda frente a la cual habían estado luchando. Entonces uno de los hombres de ‘Umar ibn Sa’d le dijo a ‘Amr ibn Subayh que le disparara una flecha a Abdullah ibn Muslim ibn ‘Aqil. Abdullah trató de cubrirse con la mano.

La flecha le dio en la mano y penetró hasta su frente, clavándole la mano en ella. Él no podía mover la mano y entonces otro hombre cayó sobre él con una lanza, se la clavó en el corazón y lo mató.

Abdullah ibn Qutba At-Ta’i atacó a ‘Awn ibn Abdillah ibn Ya’far ibn Abu Talib y lo mató.

‘Amir ibn Nashhal At-Tamimi atacó a Muhammad ibn Abdillah ibn Ya’far ibn Abu Talib y lo mató.

‘Uthman ibn Jalid Al-Hamdani se lanzó contra Abderrahman ibn ‘Aqil ibn Abu Talib y lo mató.

Humayd Ibn Muslim reportó:

Así sucedía entre nosotros (es decir, muchos de los seguidores de Al-Husáin habían sido matados por el ejército de ‘Umar ibn Sa’d) cuando un muchacho salió contra nosotros. Su cara era joven como el filo

delgado de la luna nueva y llevaba una espada. Él traía puesta una camisa y una tela alrededor de la cintura y un par de sandalias, una de ellas con la correa rota. ‘Umar ibn Sa’d ibn Nufayl Al–Azdi me dijo:

– Déjame atacarlo.

Yo dije: ¡Alabado sea Dios!, ¿para qué lo quieres? Déjalo. Mientras quede aunque sea uno de la familia de Al–Husáin, ése sería suficiente para vengarse de ti por su muerte.

Pero él insistió:

– ¡Por Dios!, déjame atacarlo

Así que él se lanzó contra el muchacho y no se volteó sino hasta que le hubo golpeado la cabeza con su espada y se la partió en dos. El muchacho cayó boca abajo y gritó: “¡Tío!”. A esto, Al–Husáin (P) apareció tal como el halcón sale. Se lanzó al ataque como un león furioso y golpeó a ‘Umar ibn Sa’d ibn Nufayl con su espada. El hombre trató de esquivar el golpe con su brazo, pero su brazo le fue cortado del codo y dio un gran grito de dolor que fue oído incluso por las gentes en el campamento.

Cuando Al–Husáin (P) se alejó de él, la caballería de Kufa atacó para salvarlo, pero ellos sólo lograron pisotear a ‘Umar con las patas de los caballos hasta que éste murió, y sólo levantaron polvo.

Yo vi a Al–Husáin (P) parado junto a la cabeza del muchacho, mirando a sus pies y diciendo:

“¡Que las gentes que causaron tu muerte perezcan, ya que el que se opondrá a ellos en el Día de la Resurrección por causa tuya será tu abuelo (‘Alí)!”

Entonces continuó:

“¡Por Dios!, es duro para tu tío el que lo llames y él no pueda responderte, o más bien que te haya respondido pero que tu grito fuera demasiado tarde para que él pudiera ayudarte. ¡Por Dios!, los que matan a sus parientes son muchos pero los que los ayudan son pocos”.

Después él lo cargó en los brazos. Parece que estoy viendo las dos piernas del muchacho dejando una marca al ser arrastradas sobre el suelo. Él lo llevó y lo puso con su hijo, ‘Alí ibn Al–Husáin (P), y con los otros miembros de su familia que habían sido asesinados. Yo pregunté acerca del muchacho y me dijeron que él era Al–Qasim ibn Al–Hasan ibn ‘Alí ibn Abu Talib (P).

Tras ello Al–Husáin (P) se sentó frente a la tienda. Trajo a su hijo, Abdullah ibn Al–Husáin (P), que apenas era un bebé y lo sentó sobre su rodilla. Pero uno del clan de Banu Asad disparó una flecha que mató al niño. Al–Husáin (P) recibió la sangre del niño en la palma de su mano. Cuando su palma se llenó, él vació la sangre al suelo y dijo:

“¡Oh Señor!, si Tú todavía no has ordenado el Cielo para nosotros [17](#), entonces que ello sea porque Tu Propósito es mejor que la ayuda inmediata. Toma venganza de estas gentes que son tan inicuas”.

Entonces llevó al niño y lo colocó con los otros miembros de su Familia que habían sido matados.

Justo entonces Abdullah ibn ‘Uqba Al–Ghanawi disparó una flecha a Abu Bakr ibn Al–Hasan ibn ‘Alí (P) y lo mató. Cuando Al–Abbas vio el número de su familia que habían sido matados, les dijo a sus hermanos por parte de madre, Abdullah, Ya’far y ‘Uthman:

“Mis hermanos hijos de mi madre, avanzad para que yo vea que habéis permanecido fieles y sinceros a Dios y Su Mensajero, ya que no tenéis hijos qué defender”.

Abdullah, que Dios tenga misericordia de él, avanzó y peleó furiosamente. Intercambió golpes con Hani’ ibn Shabib Al–Hadrami y Hani’ lo mató. Después de él, Ya’far avanzó y Hani’ también lo mató. Jawali ibn Yazid Al–Asbahi, a quien Dios maldiga, avanzó contra ‘Uthman, el cual había tomado el lugar de su hermano. Le disparó una flecha y lo derribó.

Uno de los hombres del clan de Banu Darim lo atacó mientras estaba caído y le cortó la cabeza.

El grupo entonces lanzó un ataque contra Al–Husáin (P) y le cortó el acceso al campamento. Su sed se volvió severa, y se dirigió al dique, tratando de llegar al Éufrates. Frente a él estaba su hermano, Al–Abbas. Sin embargo, la caballería de Ibn Sa’d, que Dios lo maldiga, le bloqueó el camino. Entre éstos iba un hombre de los Banu Darim, el cual le dijo a la caballería:

– ¡Ay de vosotros!, evitad que llegue al Éufrates, no lo dejéis que consiga agua.

Entonces Al–Husáin (P) gritó:

– *¡Oh Dios! tengo sed.*

Los Darimíes se enojaron y le dispararon una flecha, la cual se alojó en su garganta. Al–Husáin (P) tiró de la flecha y sostuvo su mano bajo su garganta. Las palmas de ambas manos se llenaron de sangre, la cual se sacudió, y entonces dijo:

“¡Oh Dios!, me quejo ante Ti de lo que le están haciendo al hijo de la hija de Tu Profeta”

Luego regresó él a su posición, y mientras tanto su sed se volvió todavía más severa.

Entre tanto, las gentes habían rodeado a Al–Abbas y lo aislaron de Al–Hain. Él empezó a atacarlos solo hasta que fue matado, que Dios tenga misericordia de él. Los dos que participaron en matarlo fueron Zayd ibn Warqa Al–Hanafi y Hakim ibn At–Tufayl Ash–Shabsi, después de que él había sido cubierto de heridas y no se podía mover^{[18](#)}.

Cuando Al–Husáin (P) regresó del dique a sus tiendas, Shimr ibn Dhi1–Yawshan avanzó hacia él con un grupo de sus seguidores y lo rodearon. El más rápido de ellos era un hombre llamado Malik ibn An–Nusayr Al–Kindi. Él maldijo a Al–Husáin (P) y le asestó un golpe de espada en la cabeza. Al–Husáin llevaba puesto un sombrero o gorro. La espada pasó a través de éste y entró en la cabeza haciéndola

sangrar. El sombrero se llenó de sangre.

Al-Husáin (P) le dijo:

– *¡Que nunca puedas comer ni beber con tu mano derecha!*

¡Que Dios te reúna en el Día del Juicio con las gentes pecadoras!

Entonces él aventó el sombrero y pidió un trapo, el cual se amarró alrededor de la cabeza. Luego pidió otro gorro, se lo puso y lo ató en su lugar¹⁹.

Shimr ibn Dhil-Yawshan y los que estaban con él se habían retirado alejándose hacia sus posiciones primitivas. Después de una breve pausa volvieron de nuevo contra él y lo rodearon. Abdullah ibn Al-Hasan ibn ‘Alí (P) salió contra ellos. Era apenas un niño, todavía no lo suficientemente maduro como para dejar de tener que permanecer con las mujeres.

Él salió corriendo y se paró junto a su tío Al-Husáin (P). Entonces Zaynab bint ‘Alí (P) salió tras él para detenerlo y Al-Husáin (P) le dijo que lo detuviera. Sin embargo él se negó a hacerle caso a ella y decididamente no se dejó llevar. Él dijo:

– ¡Por Dios!, yo no dejaré a mi tío.

A esto, Abyar ibn Ka’b²⁰ se abalanzó contra Al-Husáin (P). Con la espada en la mano, el niño le dijo:

– ¡Ay de ti, hijo de una mujer impura!, ¿estás tratando de matar a mi tío?

Abyar le atacó con la espada. El muchacho trató de esquivar el golpe con el brazo. La espada cortó a través del brazo hasta alcanzar la piel del otro lado. El brazo quedó colgando detenido por la piel. El niño gritó:

– ¡Madre!

Al-Husáin lo sostuvo y lo abrazó. Le dijo:

– *Sobrino mío, trato de soportar lo que te ha sucedido con las buenas nuevas de que Dios te reunirá con tus santos antepasados.*

Entonces Al-Husáin (P) levantó la mano y dijo:

“¡Oh Dios! así como Tú les hiciste la vida agradable por un tiempo, divídelos en facciones y hazlos seguir los caminos de las facciones y que sus gobernantes nunca estén complacidos con ellos. Ellos nos hicieron venir para apoyarnos y luego se volvieron hostiles hacia nosotros y nos mataron”.

Los soldados de a pie lanzaron un ataque desde la derecha y la izquierda contra los que quedaban con Al-Husáin (P) hasta que sólo un grupo de tres o cuatro quedaron con él. Cuando Al-Husáin (P) vio

eso pidió que le trajeran unos pantalones nuevos de Yemen. Él los rasgó y se los puso. Los rompió para que no fueran a serle quitados después de muerto.

Cuando Al-Husáin (P) fue matado, Abyar ibn Ka'b se lanzó sobre él y se llevó sus pantalones dejándolo desnudo. Después de eso, las dos manos de Abyar ibn Ka'b, que Dios lo maldiga, se volvían tan secas en el verano que eran como palos, y luego en el invierno se hacían como empapadas en agua, tanto que salpicaban gotas de agua y de pus, hasta que Dios lo destruyó.

Cuando nadie más que un grupo de tres miembros de su familia quedaban con Al-Husáin (P), él se movió contra las gentes, y mientras los tres lo protegieron, hasta que los tres fueron matados. Al-Husáin (P) quedó solo. A pesar de estar mal herido en la cabeza y el cuerpo, empezó a atacarlos con su espada y ellos se dispersaron a la izquierda y la derecha alejándose de él.

Entonces Humayd ibn Muslim dijo:

– Por Dios, yo nunca vi tanta persistencia. Sus hijos han sido matados, y los miembros de su familia y sus seguidores, y sin embargo él es tan valiente como siempre y no permite que su espíritu lo deje. Cuando los soldados lo atacan, él responde con su espada y los dispersa a diestra y siniestra como cabras cuando el lobo cae sobre ellas.

Cuando Shimr ibn Dhil-Yawshan se dio cuenta de la posición, llamó a la caballería y ellos acudieron detrás de los soldados de a pie. Él ordenó a los arqueros que le dispararan a Al-Husáin y ellos hicieron llover flechas sobre él hasta que quedó todo clavado de flechas como un erizo con sus púas.

Él se apartó de ellos y ellos se pararon frente a él. Su hermana, Zaynab, salió a la puerta de la tienda y le gritó a 'Umar ibn Sa'd ibn Abu Waqqas:

– ¡Ay de ti, 'Umar! Está siendo matado Abu Abdillah ¿mientras que tú te paras allí y miras?

Pero 'Umar no respondió. Entonces ella gritó:

¡Ay de todos vosotros!, ¿no hay un solo musulmán entre vosotros?

Pero ninguno contestó.

Entonces Shimr ibn Dhil-Yawshan gritó a los soldados de a pie y a la caballería:

– ¿Por qué estáis esperando al hombre? ¡Que vuestras madres sean privadas de vosotros!

Así que ellos lo atacaron por todos lados.

Zur'a ibn Sharik lo hirió en el omóplato izquierdo cortándolo. Otro le dio en el hombro. Sinan ibn Anas An-Nja'i le clavó una lanza y lo mató. Jawali ibn Yazid Al-Asbahi se lanzó sobre él y se inclinó para cortarle la cabeza, pero se puso a temblar. Shimr²¹ le dijo:

– ¡Que Dios aplaste tu brazo!, ¿por qué tiembles? Entonces Shimr, a quien Dios maldiga, se inclinó y decapitó a Al-Husáin (P). Él alzó la cabeza de Al-Husáin (P) y la entregó a Jawali diciendo:

– Llévala al comandante, ‘Umar ibn Sa’d.

Entonces empezaron a saquear el cuerpo de Al-Husáin (P). Ishaq ibn Al-Hayat Al-Hadrami, que Dios lo maldiga, tomó su camisa. Abyar ibn Ka’b, que Dios lo maldiga, tomó sus pantalones. Ajnas ibn Marthad, que Dios lo maldiga, se llevó su turbante. Uno de los del clan de Banu Darim cogió su espada. Ellos se llevaron su silla de montar y su camello y a las mujeres de su casa²².

Después de la masacre

Humayd ibn Muslim reportó:

Por Dios, yo no vi a ninguna de sus mujeres o hijas o las mujeres de su familia que no tuviera sus ropas rasgadas por detrás, arrebatadas y quitadas por la fuerza. Entonces llegamos a donde estaba ‘Alí ibn Al-Husáin (P). Él estaba tendido sobre una cama y estaba muy enfermo.

Shimr tenía consigo a un grupo de soldados de a pie y ellos le preguntaron: “¿Matamos a este enfermo?”. Yo dije: “¡Alabado sea Dios!, ¿también los muchachos han de ser matados? Éste es sólo un muchacho enfermo aunque sea quien es”. Y seguí discutiendo con ellos hasta que me los llevé de Allí.

Entonces ‘Umar ibn Sa’d llegó y las mujeres gritaban y lloraban en su cara. Él ordenó a sus seguidores: “Ninguno de vosotros debe entrar a las tiendas de estas mujeres ni molestar a este muchacho enfermo”. Las mujeres le pidieron que les regresara lo que les habían quitado para poder vestirse otra vez. Así que él les ordenó que lo que les hubiera sido quitado les fuera devuelto. Pero, por Dios, ninguno de ellos regresó cosa alguna.

Entonces él confió el cuidado de la tienda principal y las tiendas de las mujeres a un grupo de hombres que estaban con él. Dijo: “Cuidad a las mujeres para que nadie las lastime”.

Después de esto él regresó a su tienda y gritó a sus seguidores:

– ¿Quién se ofrece como voluntario para ir a donde está el cuerpo de Al-Husáin y hacer que su caballo lo pisotee? Diez se ofrecieron. De éstos, Ishaq ibn Hayyat y Ajnas ibn Marthad, que Dios los maldiga, pisotearon el cuerpo de Al-Husáin con sus caballos hasta que le rompieron y magullaron la espalda.

‘Umar ibn Sa’d despachó ese día –era el día de ‘Ashura’– la cabeza de Al-Husáin (P), con Jawali ibn Muslim Al-Azdi, a ‘Ubaydullah ibn Ziyad. Entonces ordenó que las cabezas del resto de los seguidores de Al-Husáin (P) y de los miembros de su familia que habían sido matados fueran cortadas. Había 72 cabezas. Él envió a Shimr ibn Dhil-Yawshan, Qays ibn Ash’ath y ‘Amr ibn Al-Hayyay con éstas. Ellos viajaron hasta que las llevaron a Ibn Ziyad.

‘Umar ibn Sa’d se quedó allí por el resto de ese día y hasta después del mediodía del día siguiente. Entonces reunió a las gentes para el viaje, y partió hacia Kufa. Llevó consigo a las hijas y hermanas de Al-Husáin (P) junto con ‘Alí ibn Al-Husáin (P). Éste estaba todavía enfermo con una disentería y estaba casi al borde de la tumba.

Cuando Ibn Sa’d partió, algunos de los del clan de Banu Asad que habían estado en Al-Ghadiriyya fueron a donde estaban Al-Husáin (P) y sus seguidores. Hicieron la oración funeral sobre sus cuerpos. Luego enterraron a Al-Husáin en el lugar donde todavía está su tumba, y sepultaron a su hijo ‘Alí ibn Al-Husáin Al-Asghar a los pies de su cuerpo.

Ellos cavaron alrededor del área junto a los dos pies de Al-Husáin (P) para los mártires de su familia y sus seguidores. Los juntaron y enterraron a todos juntos. Sin embargo, sepultaron a Al-Abbas ibn ‘Alí (P) en el sitio donde fue matado, sobre el camino a Al-Ghadiriyya, donde todavía está su tumba²³.

Cuando la cabeza de Al-Husáin (P) llegó y después de que Ibn Sa’d llegó al día siguiente llevando consigo a las hijas y la familia de Al-Husáin (P), Ibn Ziyad se sentó ante el pueblo en el palacio de gobierno. Él había convocado a toda la gente en general y les había ordenado que estuvieran presentes para que vieran la cabeza. Él la puso frente a sí mismo y empezó a mirarla sonriendo. En su mano tenía una caña y empezó a pegarle con ella en los dientes.

Cuando Zayd ibn Arqam, un Compañero del Profeta (B.P.), que era entonces un anciano, lo vio golpeándole los dientes a la cabeza con la caña, dijo:

– Quita tu caña de esos labios, porque, por Dios, aparte del cual no hay otra deidad, yo vi muchas veces a esos labios besar al Mensajero de Dios (B.P.).

Y después de decir esto empezó a llorar.

– ¿Hace Dios que lloren tus ojos? –preguntó Ibn Ziyad– ¿o estás llorando de alegría debido a la victoria de Dios? Si no fuera por el hecho de que eres un viejo que se ha vuelto tonto y cuya mente lo ha dejado, te cortaría la cabeza.

Zayd ibn Arqam se levantó frente a él y se fue a su casa. Mientras tanto, la familia de Al-Husáin (P) fue llevada ante Ibn Ziyad. Zaynab, la hermana de Al-Husáin (P), venía en medio del grupo, pretendiendo no ser ella; llevaba puestas sus ropas más sucias. Entró y se sentó en un rincón del palacio, y sus sirvientas se agruparon alrededor de ella.

– ¿Quién es esa mujer que se fue a un lado y se sentó en un rincón con sus mujeres? –demandó Ibn Ziyad–.

Pero Zaynab no respondió. Él repitió la pregunta.

– Ésta es Zaynab, hija de Fátima, la hija del Mensajero de Dios (B.P.) –le dijo una de las mujeres–.

– Alabado sea Dios, el cual os humilló, os mató y reveló la falsa naturaleza de vuestras pretensiones – dijo Ibn Ziyad cuando ella vino hacia él–.

– Alabado sea Dios, el cual nos favoreció con Su Profeta, Muhammad (B.P.) –respondió Zaynab– y Él nos purificó completamente del pecado. Él sólo humilla a los grandes pecadores y revela la falsa naturaleza de los que exceden Sus límites. Esos hombres no están entre nosotros, alabado sea Dios.

– ¿Cómo consideras que Dios ha tratado a tu familia? – preguntó Ibn Ziyad–.

– Dios decretó la muerte para ellos y ellos avanzaron valientemente a sus lugares de descanso –replicó Zaynab–. Dios nos mandará llamar a vosotros y a nosotros para rendir cuentas. Vosotros presentaréis vuestras excusas ante Él y nosotros seremos vuestros adversarios ante Él.

Ibn Ziyad se enfureció y ardió de cólera.

– Gobernador –intervino ‘Amr ibn Hurayth– ella es solamente una mujer y las mujeres no son responsables por nada de lo que dicen. No la culpes por sus errores.

– Dios ha sanado mi alma de vuestra maldad y de la rebelión de tu familia –le dijo él a ella–.

Zaynab (P) se sintió débil y lloró.

– ¡Por mi vida! –le gritó ella–, tú has matado a los adultos de mi familia; habéis atravesado con las lanzas a mi familia; habéis cortado mis ramas jóvenes, y habéis arrancado mi raíz. Sí esto te sana, entonces has sido sanado.

– Por mi vida –declaró Ibn Ziyad– ésta es una mujer que hace poesía. Tu padre fue un poeta.

– ¿Qué tiene qué ver una mujer con la poesía? –respondió ella– En verdad tengo cosas que me distraen de la poesía pero mi corazón me hace decir lo que digo.

‘Alí bin Al-Husáin (P) fue presentado ante él.

– ¿Quién eres? –preguntó Ibn Ziyad–.

– Yo soy ‘Alí ibn Al-Husáin –respondió él–.

– ¿No mató Dios a ‘Alí ibn Al-Husáin? –dijo Ibn Ziyad–.

– Yo tenía un hermano que también se llamaba ‘Alí –respondió ‘Alí (P)–, las gentes lo mataron.

– Mas bien Dios lo mató –afirmó Ibn Ziyad–.

– ***“Dios recibe las almas a la hora de la muerte...”***²⁴ –dijo ‘Alí (P)–.

– ¡¿Cómo te atreves a responderme así?! –gritó enojado Ibn Ziyad–, y esto es lo último que dices debido a tu respuesta.

¡Lléváoslo y cortadle la cabeza! Zaynab, su tía, se colgó de él, rogando:

– ¡Oh, Ibn Ziyad!, ¿no has tenido suficiente de nuestra sangre?

Entonces ella se colgó de ‘Alí (P) y dijo:

– ¡Por Dios, yo no lo dejaré! ¡Si lo matas, matadme con él! Ibn Ziyad la miró y lo miró a él, y dijo:

– ¡Qué maravillosa es la relación familiar! Yo creo que ella quiere que la mate con él. Dejadlo, ya que lo veo por lo que él es.

Él se levantó de su asamblea para dejar el palacio e ir a la mezquita. Allí, él subió al púlpito. Alabó y glorificó a Dios, y entonces dijo:

– Alabado sea Dios, el cual ha hecho evidente a la verdad y a los seguidores de la verdad y le dio la victoria al Comandante de los Creyentes, Yazid, y a sus partidarios, y mató al embustero, que es el hijo de un embustero, y a sus shi’as.

Entonces Abdullah ibn ‘Afif Al-Azdi, quien había sido uno de los shi’as del Comandante de los Creyentes (‘Alí ibn Abu Talib, la paz sea con él), se paró frente a él y gritó:

– ¡Oh enemigo de Dios!, tú eres el embustero y tu padre y el hombre que te designó a ti y a tu padre. ¡Oh, Ibn Muryana!, tú matas a los hijos de profetas y tomas en el púlpito el sitio de los hombres de verdad.

– ¡Arrestadlo! –ordenó Ibn Ziyad–.

Los soldados lo atraparon pero él dio el grito de batalla del clan de Al-Azd y 700 hombres de ellos rápidamente se reunieron y lo arrebataron de los soldados.

En la noche Ibn Ziyad envió a alguien para sacarlo de su casa. Él fue ejecutado y crucificado en Al-Sabja, que Dios tenga misericordia de él.

A la mañana siguiente ‘Ubaydullah ibn Ziyad envió la cabeza de Al-Husáin (P) a Yazid después de que fue llevada por todas las calles y tribus de Kufa.

Se reporta que Zayd ibn Arqam dijo:

La cabeza fue traída; estaba clavada en la punta de una lanza y yo estaba en un cuarto de mi casa. Cuando la cabeza pasó frente a mi ventana la oí recitar:

“¿Acaso no creéis que los Compañeros de la Caverna y la Inscripción estaban entre Nuestras

señales maravillosas?”²⁵

Yo me estremecí y grité:

– ¡Oh hijo del Mensajero de Dios!, tu cabeza es milagrosa, milagrosa²⁶.

Cuando terminaron de llevarla alrededor de Kufa y la llevaron de vuelta a la puerta del palacio, Ibn Ziyad la dio a Zahar Ibn Qays y también le dio las cabezas de los compañeros de Al-Husáin. Lo despachó a Yazid ibn Mu’awiyya y mandó con él a Abu Burda ibn ‘Awf Al-Azdi y Tariq ibn Abu Zulayn Al-Azdi, junto con un grupo de hombres de Kufa, para llevársela a Yazid ibn Mu’awiyya a Damasco.

Abdullah ibn Rabi’a Al-Humyari reportó:

Yo estaba con Yazid ibn Mu’awiyya en Damasco cuando Zahar ibn Qays le llevó la cabeza.

– ¡Ay de ti!, ¿qué hay detrás de ti? ¿Qué has traído? –demandó Yazid–.

– Oh Comandante de los Creyentes –replicó él–, te traigo las buenas nuevas de la ayuda de Dios y la victoria. Al-Husáin ibn ‘Alí vino contra nosotros con 18 hombres de su familia y 60 de sus shi’as.

Nosotros salimos a encontrarlos y les pedimos que se rindieran y se sometieran a la autoridad del gobernador ‘Ubaydullah ibn Ziyad o pelearan. Ellos eligieron pelear antes que someterse. Los atacamos cuando el sol se levantaba y los rodeamos por todos lados.

Finalmente nuestras espadas tomaron su valor de las cabezas de la gente y empezaron a huir sin tener refugio alguno a dónde ir. Ellos trataron de refugiarse en las colinas abiertas y en las hondonadas, tal como las palomas buscan refugio contra el halcón. ¡Por Dios!, Comandante de los Creyentes, no fue otra cosa sino la matanza de animales cuando se sacrifican para la carnicería.

Sólo tomó el tiempo que tarda un hombre en dormir su siesta para que nosotros hubiéramos acabado con el último de ellos. Allí estaban sus cuerpos desnudos, sus ropas manchadas de sangre, sus caras arrojadas en el polvo. El sol ardió sobre ellos; el viento dispersó el polvo sobre ellos; y sus visitantes fueron las águilas carroñeras y los buitres.

Yazid bajó la mirada por un rato, y luego la levantó y dijo:

– Yo hubiera estado satisfecho de vuestra obediencia a mis órdenes sin esta muerte de Al-Husáin (P). Si yo hubiese sido el que lo acompañaba, le habría evitado este final.

Después de que ‘Ubaydullah ibn Ziyad hubo despachado la cabeza de Al-Husáin, ordenó que se preparara a las mujeres y los jóvenes para viajar. Ordenó que ‘Alí ibn Al-Husáin (P) fuera encadenado poniéndole la cadena alrededor de su cuello. Luego los despachó, para seguir a las cabezas, con Muhaffir ibn Tha’laba A’-Á’idhi y Shimr ibn Dhil-Yawshan. Ellos partieron con ellos hasta alcanzar a las gentes que iban con la cabeza.

‘Alí ibn Al-Husáin (P) no habló ni una palabra a las gentes que llevaban la cabeza en ese viaje. Finalmente ellos llegaron a su destino. Cuando llegaron a la puerta del palacio de Yazid, Muhaffir ibn Tha’laba levantó la voz y gritó:

– Aquí está Muhaffir ibn Tha’laba, el cual ha traído a estos viles transgresores al Comandante de los Creyentes.

‘Alí ibn Al-Husáin (P) le contestó:

– ¿Qué cosa más mala y peor que él, dio a luz la madre de Muhaffir?

Cuando las cabezas fueron puestas frente a Yazid, y entre ellas estaba la cabeza de Al-Husáin (P), Yazid recitó:

“Nosotros partiremos los cráneos de los hombres orgullosos que vengan contra nosotros; ellos fueron muy desobedientes e injustos”.

Yahya ibn Al-Hakam, hermano de Marwan ibn Al-Hakam, recitó:

“A la orilla del río un gran ejército se enfrenó al que es más cercano en parentesco a Yazid, el hombre con falso linaje. La progenie de Sumayya ha adquirido posición, mientras que la progenie de la hija del Mensajero de Dios no tiene ninguna”.

Yazid golpeó con su mano el pecho de Yahya ibn Al-Hakam y gritó:

– ¡Quieto!

Entonces él le dijo a ‘Alí ibn Al-Husáin (P):

– Hijo de Al-Husáin, tu padre cortó el lazo de parentesco conmigo y mostró ignorancia de mis derechos, tratando de privarme de mi posición de autoridad. Ahora Dios lo ha tratado en la manera que viste.

‘Alí ibn Al-Husáin (P) replicó:

– ***“Ninguna calamidad cae sobre la Tierra ni sobre vosotros mismos a menos que haya sido escrita en un libro antes de que Nos la traigamos a existir. Ello es fácil para Dios”²⁷.***

– Respóndele, –urgió Yazid a su hijo Jalid–.

Jalid no supo qué decir en respuesta. Así que Yazid contestó:

– Más bien di: ***“Cualquier calamidad que os aflija es debida a lo que vuestras manos se ganaron. Y Dios perdona mucho”²⁸.***

Él mandó llamar a las mujeres y a los niños y los hicieron sentarse ante él. Lo que vio era terrible.

– ¡Que Dios deteste a Ibn Muryana! (‘Ubaydullah ibn Ziyad) –dijo él–, si hubiese lazo alguno de parentesco entre él y vosotros, él no os habría hecho esto; él no os habría enviado en este estado.

Fátima bint Al-Husáin (P) reportó:

Cuando nos sentamos ante Yazid, él mostró compasión por nosotros. Un Ahmar de los sirios se levantó y le dijo a Yazid:

– Comandante de los Creyentes, dame ésta.

Él se refería a mí. Yo era entonces una muchacha bastante joven. Me estremecí ya que pensé que eso le iba a ser concedido. Cogí la falda de mi tía Zaynab y ella me dijo que eso no sucedería. Ella le dijo al sirio:

– Por Dios, tú eres un mentiroso. Por Dios, eres demasiado mal nacido. Eso no es para que tú ni él lo decidan.

– ¡Eres una mentirosa! –gritó Yazid enojado– eso es para que yo decida. Si yo deseo hacer algo, yo puedo hacerlo.

– No, por Dios –replicó ella–, Dios sólo te dejaría hacer eso si dejaras nuestra fe y profesaras creer en otra religión.

– ¿Es a mí –gritó Yazid, sacado de quicio y encolerizado– a quien estás tratando de esta manera? Es tu padre quien dejó la religión, así como tu hermano.

– Yo me guío por la religión de Dios, la religión de mi padre y la religión de mi hermano –respondió ella–, y es por lo que debes guiarte, así como tu padre y tu abuelo, si es que eres un musulmán.

– ¡Enemiga de Dios!, tú mientes –gritó él–.

– Tú dices que eres un Comandante de los Creyentes, y sin embargo vejas injustificadamente a los demás y te has vuelto opresivo con tu autoridad –contestó ella–.

Entonces él, sintió vergüenza y se quedó callado.

– Dame esa muchacha –repitió el sirio–.

– Quédate soltero –le dijo Yazid–, ¡que Dios te haga morir de una vez!

Luego ordenó que ella fuera alojada en una casa cerca del banco del río junto con las demás mujeres. Con ellas envió también al hermano de ellas, ‘Alí ibn Al-Husáin (P). Después les fue puesta una casa aparte a ellos, la cual estaba pegada a la casa de Yazid. Ellos vivieron allí por varios días.

Después de un tiempo corto, Yazid mandó llamar a An-Nu’man ibn Bashir y le dijo que hiciera

preparativos para llevar a estas mujeres de vuelta a Medina. Cuando él estaba por despacharlas, mandó llamar a ‘Alí ibn Al-Husáin (P) y habló aparte con él. Le dijo:

– Que Dios maldiga a ibn Muryana (o sea, ‘Ubaydullah ibn Ziyad), si yo hubiera estado con tu padre, él nunca me habría pedido un favor sin que yo se lo concediera; yo lo habría protegido de la muerte con todo mi poder. Pero Dios decretó lo que viste. Escríbeme desde Medina y todo lo que necesites será tuyo.

Él les regaló ropas a él y a su familia. Envío con ellos, en el grupo de hombres bajo las órdenes de Nu'man ibn Bashir, a un mensajero, el cual le dio a An-Nu'man la orden de partir con ellos de noche; y que ellos fueran delante de él pero que nunca los perdiera de vista.

Cuando ellos se detuvieran, él debía irse a un lado, y él y sus seguidores deberían separarse alrededor de ellos como un grupo de guardias. Él sólo debía apartarse de ellos cuando alguna persona del grupo quisiera ir a lavarse o a hacer una necesidad, para no avergonzarlos.

El mensajero partió con ellos entre el grupo de An-Nu'man. Nu'man continuó manteniéndose cerca de ellos a lo largo del camino pero era amable con ellos, tal como Yazid lo había ordenado, y los cuidó hasta que entraron a Medina.

Después de que Ibn Ziyad hubo despachado la cabeza de Al-Husáin (P) a Yazid, fue a ver a Abdul Malik ibn Abu Al-Harith²⁹ As-Sulami y le dijo:

– Ve con ‘Amr ibn Sa'id ibn Al-‘As en Medina y dale las buenas nuevas de que Al-Husáin fue matado.

Abdul-Malik reportó:

– Yo cabalgué hacia Medina. En el camino un quraish me encontró. Preguntó:

– ¿Qué nuevas hay?

– Las noticias son para el gobernador, luego las oirás – contesté–.

– A Dios pertenecemos y a Él regresaremos –dijo él–. Por Dios, Al-Husáin (P) ha sido matado.

Cuando fui a ver a ‘Amr ibn Sa'id, él preguntó:

– ¿Qué te trae por aquí?

– Lo que complacerá al gobernador –respondí– Al-Husáin (P) ha sido matado.

– Sal y anuncia que fue matado –me dijo–.

Yo lo anuncié. Nunca he oído tanto lamento como el de los Banu Hashim en sus casas por Al-Husáin ibn ‘Alí (P) cuando escucharon el anuncio de su muerte. Yo entré de nuevo con ‘Amr ibn Sa'id. Cuando

él me vio, me sonrió y se río. Entonces citó un verso de ‘Amr ibn Ma’dikarib:

“Las mujeres de Banu Ziyad elevaron un gran lamento, como el lamento de nuestras mujeres llorando después de la Batalla de Al-Amab”.

– Este lamento es en pago por el luto por ‘Uthman –exclamó ‘Amr–.

Entonces subió al púlpito e informó a las gentes acerca de que Al-Husáin ibn ‘Alí (P) había sido matado, y les ordenó que obedecieran a Yazid ibn Mu’awiyya. Después de esto, bajó del púlpito.

Uno de los sirvientes de Abdullah ibn Ya’far ibn Abu Talib (P) fue hacia él y le anunció la noticia de la muerte de sus dos hijos y le dijo que todos nosotros regresamos a Dios.

– Esto es lo que nos llega por causa de Al-Husáin ibn ‘Alí, –dijo Abu Salasil, el sirviente de Abdullah–.

– ¡Oh hijo de una mujer obscena! –exclamó Abdullah ibn Ya’far, quitándose su zapato para golpearlo con él–. ¿Estás diciendo esto de Al-Husáin (P)? Si yo hubiera estado presente con él, yo habría preferido no dejarlo y ser matado junto con él. Por Dios, yo no habría retenido a esos dos (hijos míos) y me consuelo de lo que les pasó al saber que ellos dos fueron matados junto con mi hermano y primo, consolándolo y soportando junto con él.

Él avanzó hacia los que estaban sentados con él y dijo:

– Alabado sea Dios, Quien me ha hecho la vida dura mediante la muerte de Al-Husáin (P), ya que aunque yo no consolé a Al-Husáin (P) con mis propias manos, mis dos hijos lo consolaron.

Umm Luqman, hija de ‘Aqil ibn Abu Talib, que Dios tenga misericordia de ellos, salió gritando cuando oyó la noticia de la muerte de Al-Husáin (P). Con ella estaban sus hermanas Umm Haní’, Ramla y Zaynab, hijas de ‘Aqil ibn Abu Talib. Ella lloró por sus parientes matados a la orilla del río y recitó:

“¿Qué diríais si el Profeta (B.P.) os preguntase?: ‘¿Qué habéis hecho vosotros, la última de las comunidades religiosas, con mi progenie y familia después de mi partida de este mundo? Ellos están prisioneros y matados y han sido manchados con su propia sangre. ¿Qué clase de pago es éste al consejo que os di, el que os opongáis a mí haciendo el mal a mis parientes cercanos?’”

En la noche del día en el cual ‘Amr ibn Sa’id había dado en Medina el anuncio público de la muerte de Al-Husáin ibn ‘Alí (P), a mitad de la noche los medineses oyeron una voz gritando. Ellos escuchaban la voz pero no veían a persona alguna. La voz decía:

“¡Oh hombres! que ignorantemente a Al-Husáin (P) matasteis, oíd las nuevas del tormento y el castigo.

Todas las gentes del ciclo –los profetas, los ángeles y los mártires– os juzgan.

¡Vosotros habéis sido maldecidos por boca de David, y por la de Moisés y por la del maestro de los

Evangelios!”

- [1.](#) Estos son los ritos de la ‘Umra, la peregrinación menor, pero también forman parte de los ritos de la peregrinación mayor (Hayy).
- [2.](#) Corán 55:29.
- [3.](#) At-Tabari reporta dos relatos separados acerca de estos dos individuos, II, 289 y 293. Como ambos tuvieron fines similares, Al-Mufid los resume razonablemente.
- [4.](#) Al-Mufid pasa la narrativa en primera persona de un relato de un testigo ocular como es presentado por ibn Al-Kaibi, Cf. At-Tabari, II, 296.
- [5.](#) Corán, 28:41.
- [6.](#) ‘Azra en At-Tabari, II, 309. La misma diferencia es mantenida en cuanto a la carta. Cf. 304, nota 9.
- [7.](#) Corán, 3: 178–179.
- [8.](#) Corán, 10:71.
- [9.](#) Corán, 7: 196.
- [10.](#) Corán, 44:20.
- [11.](#) Corán, 40:27.
- [12.](#) N. del T.: Ya que él (P) conocía las verdaderas intenciones de este.
- [13.](#) Corán, 33:23.
- [14.](#) Corán, 40:30.
- [15.](#) Corán, 40:32.
- [16.](#) Corán, 20:61.
- [17.](#) N. del T.: Si todavía no es el momento de nuestra muerte.
- [18.](#) El relato de la muerte de Al-Abbas falta en At-Tabari.
- [19.](#) Este ataque y el detalle del sombrero también faltan en At-Tabari.
- [20.](#) Bahr en At-Tabari, II, 363.
- [21.](#) Sinan en At-Tabari, II, 366.
- [22.](#) Los nombres de los despojadores y de los objetos robados son diferentes en At-Tabari, II, 366.
- [23.](#) Estos detalles no son dados por At-Tabari.
- [24.](#) Corán, 39:42.
- [25.](#) Corán, 18:9.
- [26.](#) Este relato no está en At-Tabari.
- [27.](#) Corán; 57:22.
- [28.](#) Corán; 42:30.
- [29.](#) Al-Harith en At-Tabari, II, 383.

Source URL:

<https://www.al-islam.org/la-tragedia-de-imam-hus%C3%A1n-p-shaykh-al-mufid/la-partida-del-imam-hus%C3%A1n-p-para-iraq-y-la-masacre-de>